



EL BARCO DE VAPOR

Carlos-Guillermo Domínguez

El hombre de otra galaxia



A Javier y a sus compañeros de clase lo que más les gusta en este mundo son los cómics de Astromán. Durante una excursión, Javier cae en una grieta. Un ser gigantesco lo saca de allí y lo lleva al hospital. De su frente brota una luz. ¿Quién será aquel hombre de otra galaxia? La Patrulla Espacial comienza su investigación.

A partir de 12 años



Carlos-Guillermo Domínguez

El hombre de otra galaxia

Serie Roja - 165 (El Barco de Vapor)

ePub r1.0

nalass 12.10.13

Título original: *El hombre de otra galaxia*
Carlos-Guillermo Domínguez, 1989
Ilustraciones: Arturo Requejo

Editor digital: nalasss
ePub base r1.0



A Mary Paz, Mayche, Romy, y a todos los que dedican su vida a la enseñanza. Con mi admiración y cariño.

AL dar la vuelta a la esquina, Javier frenó en su carrera y, entre jadeos, se le escapó un suspiro de alivio. Allí estaban todos sus compañeros; había llegado a tiempo. Tras dos o tres profundas aspiraciones para recuperar el aliento, se encaminó hacia ellos.

—Hola, Javier, casi llegas tarde.

El recién llegado se hizo hueco entre varios muchachos y se sentó en el escalón junto a su amigo Roberto mientras comentaba:

—No oí el despertador, y cuando me llamó mi madre, me puse a pensar y me dormí de nuevo. ¡Imagínate la carrera!

—El caso es que ya estás aquí —sentenció Roberto. Luego preguntó con curiosidad—: ¿Y en qué pensabas?

—En Astromán. Estuve leyendo anoche la última aventura, en la que deshace la base kroniana del Asteroide Z-X.

Ambos tenían que alzar bastante la voz para hacerse entender, ya que el griterío era de consideración. La treintena de muchachos que esperaba el autobús del colegio, unos sentados en los escalones de entrada del ayuntamiento, otros en el muro de la parte ajardinada y los demás formando grupos, hablaban, reían y gritaban a la vez, convirtiendo el lugar en una auténtica jaula de grillos.

Javier y Roberto, ajenos a todo, seguían su conversación.

—¿Y dices que destruye la base de Kron?

—Exacto, Rober. Después de crear un campo magnético alrededor de la base para que las naves no pudieran despegar, Astromán disparó los tubos de rayos desintegradores de su astronave y la base del asteroide quedó convertida en polvo cósmico.

—¡Me alegro! Vamos a ver qué hace ahora Xor, el jefe de los kronianos, cuando se entere de que su base del asteroide ha sido destruida.

—Verás, Astromán envió a parte de la flota...

—No, Javi, no me cuentes cómo sigue. Yo no he leído aún ese cuaderno, pero pienso hacerlo esta noche.

—Vale, ya lo comentaremos mañana. Oye, Rober, ¿te hubiese gustado nacer en otro planeta?

—¡Claro que sí! —respondió éste con entusiasmo—. Sería comandante de una nave espacial, e iría de un lado a otro del espacio imponiendo la ley y el orden.

—Y conocerías otros mundos y a otros seres.

—Aquí, sin embargo —se lamentó Roberto—, tenemos que pasar el día estudiando las cosas que se le ocurren a don Juan. Que si los reyes antiguos, que si los caballeros de la Edad Media...

—Y los romanos, los griegos, los iberos y demás gente antigua.

—Seguro que si nosotros le preguntamos a él por gentes de otras galaxias no sabe decirnos nada.

—¡Más que seguro! —remachó Roberto, convencido—. Él no lee los cuadernos del espacio ni sabe una palabra de las ciudades aéreas de María y de Krane, ni de los hombres piedra del planeta Petra.

—Es que nosotros somos chicos de la era espacial, y don Juan, con todos los respetos, es un tío carroza.

No tuvo Roberto tiempo de contestar, ya que sonó una serie de toques de claxon y el autobús del colegio hizo su aparición y se detuvo junto a la acera. Por una de las ventanillas delanteras asomó el semblante de Manolo, el conductor, más rojo que nunca, como si aún llevara impreso el reflejo de algún semáforo.

—¡Vamos, chicos, arriba rápido! He tenido un pinchazo y llevamos diez minutos de retraso.

Federico, el jardinero del ayuntamiento, detuvo en el aire la escoba contemplando cómo los chicos se empujaban y apretujaban para entrar en el autobús.

Instantes después, tras comprobar que todos habían subido, Manolo apretó el embrague, metió la primera y el autobús se perdió de vista al doblar la esquina.

Federico, escoba en alto, lo vio desaparecer. Luego continuó su trabajo.

Como de costumbre, los inseparables Javier y Roberto se sentaron juntos.

—¿Hiciste el análisis que nos puso don Fernando?

—Hacerlo, lo que se dice hacerlo, Javier, pues la verdad, no.

—Tenía esperanzas de poderlo copiar.

—Eso está solucionado. Lo que quería decirte es que no lo he hecho yo. Pero mi hermana me echó un cabo y aquí lo tengo terminado hasta la última coma.

—Eres un tío fabuloso. Anda, empieza a dictar que lo copio a toda velocidad.

Revolvieron en sus respectivas carteras y poco después Roberto fue dictando, mientras Javier hacía volar el bolígrafo sobre el papel y conseguía en un tiempo récord la copia fiel.

—Gracias, Rober. Ya está.

—Un momento, por favor, que yo no he terminado.

Los dos amigos alzaron la vista sorprendidos y descubrieron el rostro pecoso que hizo su aparición tras el respaldo del asiento delantero.

—¡No seas cara, Luis!

Bajo el rojizo pelo y entre las pecas lució una simpática sonrisa.

—Yo tampoco pude hacerlo, Javier. Oí a Rober, me puse a copiar... y sólo me falta el último párrafo.

—Bueno, copia rápido.

Desapareció el pecoso semblante a la vez que Roberto leía de nuevo el último párrafo del análisis.

Tras el sillón sonaron las agradecidas palabras de Luis:

—Gracias, chico, me has salvado.

—Oye, Rober —habló un muchacho que estaba sentado en el asiento trasero— yo tampoco lo he hecho. ¿Te importa repetirlo?

—Así lo copio yo también —gritó otro armándose de papel y bolígrafo—. ¡Es que esto, más que un análisis, es un jeroglífico egipcio!

Varios más se unieron a la petición, por lo que Roberto se puso en pie para reclamar silencio.

—Bueno, pero a callar todos. Voy a dictar, y los que quieran pueden copiarlo, si es que hay tiempo.

El autobús, tras recorrer las calles de la pequeña ciudad, rodaba ligero hacia el colegio, situado a pocos kilómetros en pleno campo. Manolo, como siempre, llevaba el volante con firmeza, atento a todas las incidencias del tráfico. Se sentía orgulloso de conducir aquel magnífico y potente vehículo que a principio de curso había sido adquirido por la asociación de padres de alumnos y por el colegio.

Cuando Javier guardó los papeles en su cartera, un suave y agradable tufillo brotó de la misma. Cuidadosamente extrajo el tibio paquete que le había dado su madre y quitó el papel de plata que lo envolvía. ¡Tortilla de jamón! Le dio un generoso mordisco y, mascando aún, preguntó a Roberto:

—¿Quieres un poco?

—No, ahora no; estoy dictando. Después, en el recreo, me das un trozo y yo te daré del mío que es de chorizo.

—Vale —respondió Javier, y lo introdujo en un lado de la cartera que aún guardaba migas y olores de anteriores bocadillos.

—Manolo, por favor —chilló uno de los muchachos—, ¿no puedes ir más despacio? No nos va a dar tiempo de copiarlo entero.

—Lo siento, pero llevamos mucho retraso y vais a perder la primera clase.

Se oyeron unas voces en la parte trasera del vehículo y casi la totalidad de los chicos abandonaron sus asientos y fueron a mirar por la amplia ventana trasera.

—Sí, es don Juan con su «fósil».

—Y viene arreando.

—Ya puede correr lo que quiera que no nos adelanta con ese cacharro.

El llamado «fósil» era un cochecito con muchos años en su carrocería, propiedad de don Juan, el profesor de sociales. Él aseguraba que «coches como éste no se construyen ya», y por esa causa se negaba a cambiar aquella pieza de museo por un vehículo más moderno.

—Vais a ver cómo nos adelanta —aseguró Luis. Y ante las risas que arrancaron sus palabras, añadió—: Os voy a echar un cabo para que podáis copiar con tranquilidad.

Manolo, no sólo pendiente de la carretera sino también de lo que ocurría dentro del autobús, gritó:

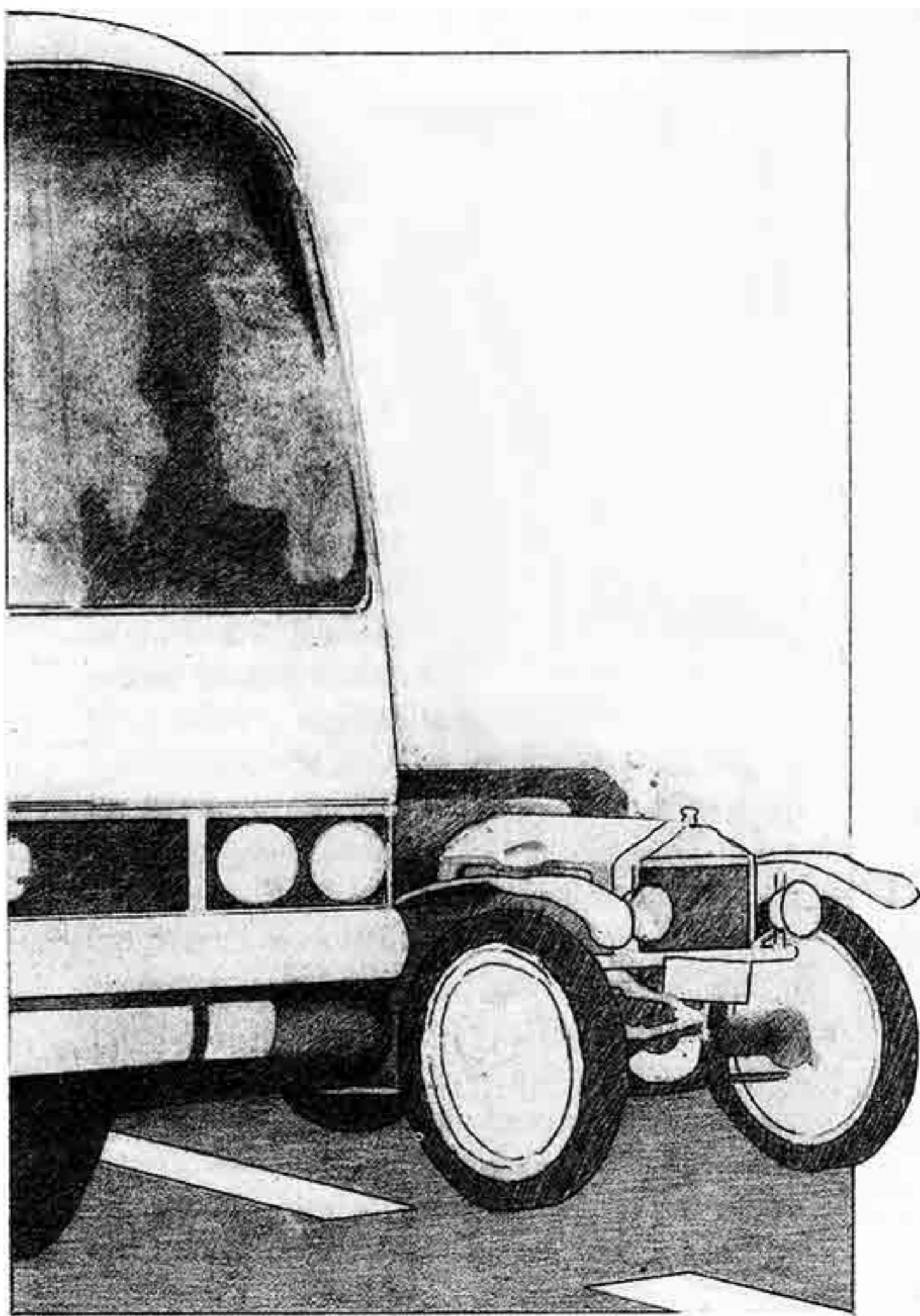
—¡Todos a sus asientos! ¡No quiero ver a nadie levantado!

Los chicos obedecieron al momento pero sin apartar sus ojos de Luis. Éste abrió su cartera

presuroso y extrajo una gran bocina de camión. La asomó por la ventanilla y dio dos sonoros bocinazos, que hicieron que Manolo alzase la vista hacia el espejo retrovisor. Acto seguido redujo la marcha para facilitar el adelantamiento de quien le pedía paso y murmuró:

—Siempre hay alguno con prisa. Pasa, hombre, pasa.

Pero nadie adelantó al autobús del colegio pese a que sonaron unos nuevos y recios bocinazos. Esta vez, Manolo, entre las risas de los chicos, distinguió el vetusto automóvil que venía tras el autobús. Rezongando, puso el intermitente de la derecha y frenó un poco más para facilitar la maniobra del desvencijado vehículo, que fue adelantando poco a poco. Mientras, los chicos, asomados a las ventanillas, gritaban y aplaudían. Al fin el cochecillo se puso delante. Su conductor sacó la mano y saludó dando las gracias a Manolo. Éste, con una sonrisa forzada, correspondió con un toque de claxon y murmuró para sí:



—Vaya, ahora con esta velocidad otros diez minutos más de retraso.

Efectivamente, el «fósil» no daba mucho de sí y el bueno de Manolo se vio obligado a poner la segunda e ir tras el cochecito a paso de caravana dominguera.

Luis, sonriente, guardó la bocina, se volvió a sus compañeros e inclinó la cabeza para corresponder a los gritos y aplausos de los agradecidos copiadores del análisis gramatical. Mientras, el espejo retrovisor captó unas chispas de alegre complicidad en los ojos de Manolo.

DE pie, junto a su mesa, don Juan esperaba que los chicos entraran y fueran tomando asiento ante sus respectivos pupitres. Era un hombre alto y delgado cuya figura no hubiese desentonado en un cuadro de El Greco. Tenía una mirada cálida y profunda; los chicos decían que cuando miraba a alguien era capaz de ver hasta el número de su carnet de identidad.

Cuando todos los muchachos estuvieron en sus sitios y el aula quedó en silencio, don Juan tosió ligeramente para decir a continuación:

—Hoy comenzamos con un ligero retraso; por ello nos vamos a limitar a dar un repaso a la lección ocho, para luego desarrollarla en media hora. Quiero que me escribáis cómo Alejandro Magno, el joven rey macedonio, consciente de que la inferioridad de su ejército frente a las poderosas tropas persas no aconsejaba un ataque frontal, aprovechó la oscuridad de la noche y atravesó el Issos al frente de su caballería.

—Oye, Rober —musitó Javier—, ¿te imaginas a don Juan a caballo contra las tropas de Darío? Roberto rió por lo bajo mientras la voz del profesor seguía sonando en el aula.

—Después de aquella batalla junto al río Issos, las puertas del imperio persa estaban abiertas para Alejandro.

—Vaya una hazaña —murmuró de nuevo Javier al oído de Roberto—, luchar contra un ejército armado únicamente de lanzas, flechas y cosas de éstas. Victoria importante la de Astromán cuando se lanzó él solo contra veinte naves de Kron. ¿Te acuerdas?

—Ya lo creo. ¡Fue formidable!

Las palabras de Roberto llegaron claramente a oídos de don Juan, que las interpretó a su manera.

—Sí, Roberto, fue formidable como dices. Aquel pequeño ejército de bien adiestrados pastores de ovejas macedonios, los jinetes tracios y las falanges griegas fragmentaron el poderoso ejército de Asia en el año 333 antes de Cristo. Eran hombres sencillos y humildes, pero, como escribió el gran poeta hindú Rabindranath Tagore, «cuando somos grandes en humildad, estamos más cerca de lo grande» —contempló las atentas caras que se alzaban hacia él y añadió—: Bien, ahora tenéis media hora para desarrollar el tema. Yo voy a hablar con el director.

A la salida del profesor, la clase quedó en silencio unos momentos. Luego, Javier dio unos golpes sobre el pupitre para reclamar atención.

—Oídmeme, chicos. Rober y yo vamos a formar una patrulla del espacio. Los que quieran pertenecer a ella que lo digan.

En un momento aquello se convirtió en algo parecido a un corral de gallinas a la hora de la comida. Todos corrieron hacia el sitio donde estaban Javier y Roberto sin reparar en sillas, mesas y demás obstáculos que fueron limpiamente salvados con hábiles saltos. Después, un coro de voces entusiasmadas sonó en la clase.

—Apúntame, Javier.

—Y a mí.

—Yo seré teniente.

—Yo, piloto de una astronave —vociferó el pecoso Luis desde lo alto de una mesa, a la vez que daba suelta a una mosca a la que había pegado una tira de papel, probablemente para demostrar sus conocimientos astronáuticos.

Hubo un corto silencio mientras treinta pares de ojos seguían el vuelo del insecto hasta que salió por la ventana. Luego arreció la chillería.

—Cuenta conmigo.

—Ponme a mí también.

—Silencio, silencio —reclamó Javier, pero al comprobar que nadie le hacía caso, se puso en pie sobre la silla y gritó más fuerte aún—: ¡He dicho que os calléis! Si continuáis con este griterío, no formaréis parte de la patrulla —satisfecho, paseó la mirada sobre el grupo que obediente había callado y prosiguió—: Yo seré el gran jefe Astromán, y Rober, el capitán Omega, de la Federación Tierra. A la salida nos reuniremos para que cada uno elija el nombre que quiera ponerse.

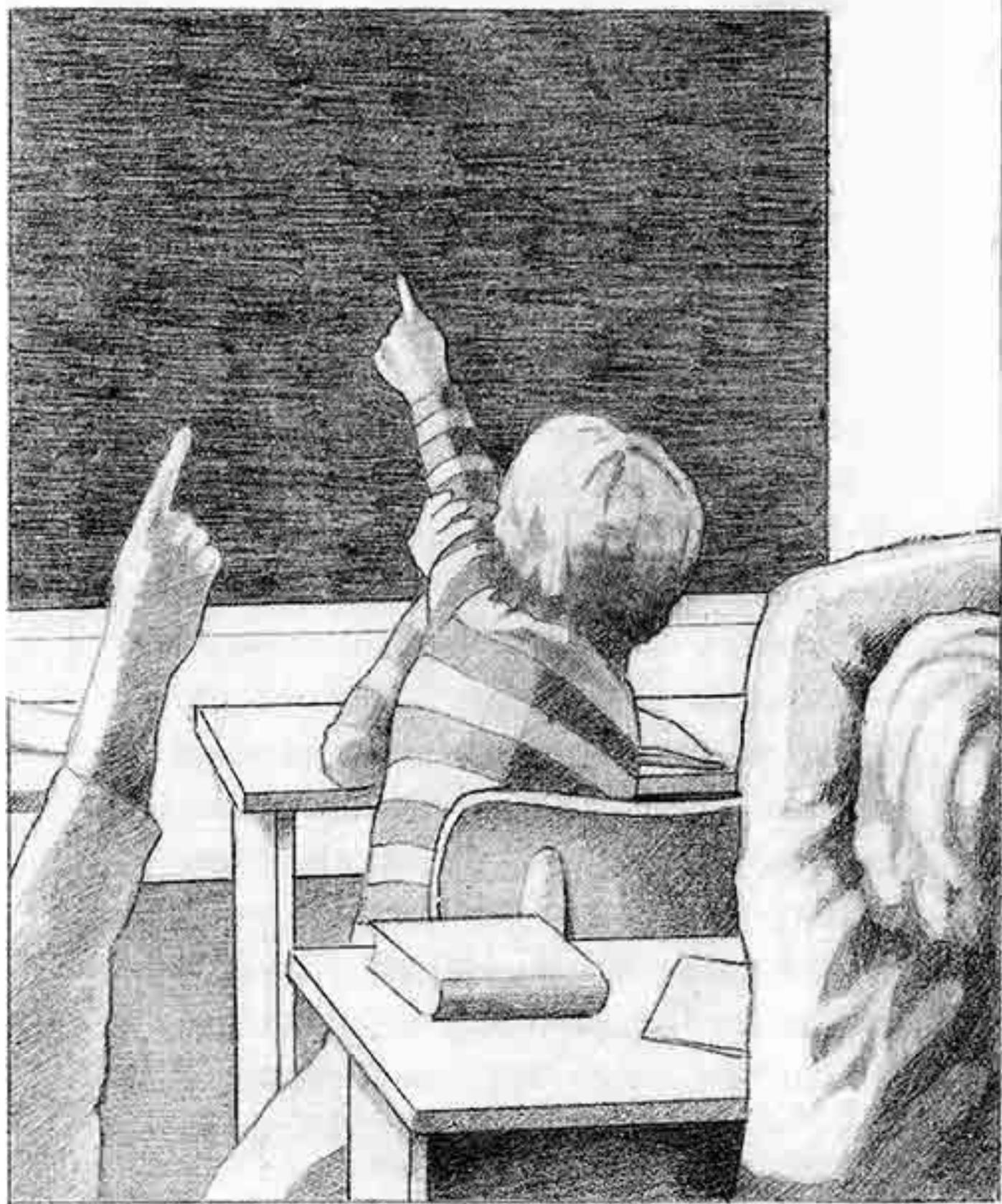
—El domingo —añadió Roberto con voz de capitán Omega— iremos de excursión y lucharemos contra los hombres de Kron.

—Oye, ¿lucharemos de verdad? —preguntó Luis desde lo alto de la mesa mientras preparaba el lanzamiento de otra mosca.

—Como si lo fuera —respondió tajante Javier.

Un chico alto alzó una mano para reclamar atención.

—El domingo no puede ser: tenemos partido de baloncesto contra los del colegio Las Torres. Es muy importante, ya que si ganamos iremos a la final.



Esta vez el zumbido de la mosca lanzada por Luis fue oído por todos pues, tras las palabras del muchacho, reinaba el silencio más absoluto. Todos siguieron el vuelo del insecto, que fue realmente majestuoso. Finalmente se le desprendió el papel y la mosca se posó en el techo dispuesta a no volver a dejarse coger. Entonces, Luis dijo:

—Y eso de los nombres para la patrulla del espacio a la salida, no será posible: hoy tenemos entrenamiento.

—Bueno —pudo decir al fin Javier—, no me acordaba. Entonces será al otro domingo. Y el nombre que cada uno quiera ponerse lo escribís en un papel y se lo dais a Rober, bueno, al capitán Omega.

—¿Sabéis la hora que es? —observó un muchachito con gafas que había aprovechado el momento para mascar chicle—. Os recuerdo que tenemos que hacer el tema de historia.

—Tienes razón, Quique; sólo nos queda un cuarto de hora y hay que darse prisa —Javier se sentó de nuevo, preparó los papeles y comentó—: La verdad es que estoy cansado de esos tipos barbudos y bigotudos.

—Alejandro no tenía barba —comentó Quique.

—¿Seguro? ¿Cómo lo sabes?

—Mi padre tiene un montón de libros de historia y cosas de ésas; en uno de ellos hay un dibujo de Alejandro Magno montado en su caballo Bucéfalo.

—Ahora me entero —Javier movió la cabeza como un péndulo—. Yo sabía que el caballo de don Quijote, que era un señor con barba, se llamaba Rocinante; el del Cid Campeador, que también tenía una hermosa barba, Babieca. Pero no sabía que Alejandro el Grande carecía de barba y era propietario de un caballo llamado Bucéfalo.

—En eso hay empate —afirmó Quique—. Pues el emperador Calígula, que tampoco tenía barba, era dueño de un caballo llamado Incitatus.

—¡Vaya! —se admiró Roberto—. Eso de los caballos en la antigüedad debía de ser como las marcas de coches hoy, pero más barato.

—Puedo decirte —aclaró Quique— que Bucéfalo fue comprado al tesalio Filonico por dieciséis talentos. Era un caballo indómito que Alejandro logró montar cuando tenía quince años.

—¿Quince años? En esa época daban antes el permiso de conducir...

Luis cortó las risas causadas por el comentario de Roberto.

—La verdad, Quique, no te enfades, pero eres un auténtico empollón.

—Sí lo es, sí —asintió convencido Roberto—. Y propongo que sea el sabio científico de la patrulla. Se llamará profesor Mega.

Sobre las voces de aprobación logró imponerse la de Javier.

—Bien, todos estamos de acuerdo, pero de lo que se trata ahora es de hacer el resumen de historia antes de que regrese don Juan.

Se hizo un profundo silencio y los chicos se pusieron a trabajar afanosos. Pero duró poco.

—Los pastores aquellos bien adiestrados que decía el profe, ¿eran tracios o macedonios?

—Macedonios —apuntó Quique.

Otro breve silencio y otra pregunta.

—En el ejército de Darío, aparte de los persas, ¿quiénes más estaban?

—Había levas de Caucasia, India, Siria y Egipto —aclaró de nuevo Quique.

—Un momento —intervino Javier—. Así no vamos a terminar a tiempo. Ya que Quique ha sido nombrado sabio de la patrulla, propongo que empiece su trabajo dictándonos todo lo que sabe de este tema de historia.

Tras el aullido y los aplausos que siguieron a la propuesta de Javier, se oyeron únicamente la voz de Quique y el sonido de los presurosos bolígrafos deslizándose sobre el papel.

Aquel día, el bueno del profesor de sociales se sintió conmovido cuando leyó los trabajos de sus alumnos. En su mayoría, hablaban de la fidelidad del caballo de Alejandro y de cómo éste lo había perdido en la batalla contra Poro y después había fundado en su honor la ciudad de Bucefalia. Pero lo que más le llamó la atención a don Juan fue que en todos los trabajos se afirmaba rotundamente que Alejandro no tenía barba.

JAVIER se escapó de su marcador y envió el balón hacia Luis. Éste saltó entre varios jugadores, lo cogió, avanzó dos pasos y lo lanzó hacia la red. Sin embargo, el balón llevaba demasiado impulso y, tras botar en el aro, volvió a la cancha. Roberto trató de alcanzarlo inútilmente, pero antes de que saliera por la línea surgió Gonzalo, cogió el balón y, con un limpio lanzamiento, lo introdujo directamente en la canasta.

—¡Qué tiro! —gritó Javier, admirado—. ¡Más de seis veinticinco!

—¡Y más de siete! —afirmó emocionado Roberto—. ¡En vez de un triple merecía ser un quíntuple!

—Si yo lanzara de esa manera hasta podríamos llegar a campeones.

—Tú lanzarás de esa manera, Luis, y que vamos a ser campeones no lo duda nadie. ¿Verdad, chicos?

Un coro de voces entusiasmadas dio la respuesta afirmativa a la pregunta de Gonzalo. Musculoso, con una perenne sonrisa en su simpático y bronceado rostro, el joven profesor de educación física era el ídolo de los muchachos. Había sido un gran jugador de baloncesto, componente de la Selección Nacional en varias ocasiones. Ahora, su vocación le había llevado a la hermosa tarea de formar jóvenes. Tenía un arte especial para ello, ya que no sólo los formaba físicamente, sino que también sabía ser un amigo y consejero inapreciable.

—Bueno, basta por hoy. Mañana tendremos entrenamiento a la misma hora; debemos estar en forma para el domingo. No nos basta ganar; hay que hacerlo por más de diez puntos para aseguramos el pase a la final.

—Aún no han llegado las camisetas nuevas —advirtió un muchachito menudo.

—No te preocupes, Paco; las tendremos a tiempo.

—Yo ya tengo preparada la cámara de vídeo y las cintas.

—Estoy seguro de que harás un buen reportaje del encuentro, Andrés. Luego lo uniremos al de la final y los pasaremos el día de la fiesta del colegio.

Éste era otro de los sistemas de Gonzalo. Aparte de jugadores y suplentes, cada chico tenía encomendada una misión, con lo cual todos se integraban en el equipo realizando las más variadas funciones.

—Tenemos algo que decirte —informó Javier muy serio.

Un ligero sobresalto ensombreció por unos momentos el rostro de Gonzalo.

—No me digáis que alguno va camino del suspenso. Ya sabéis que para formar parte del

equipo...

—No es nada de eso, no te preocupes. Es que hemos creado una patrulla del espacio y queremos que formes parte de ella.

—Sí, claro, cómo no. Pero explicadme algo más para que me entere.

Javier no fue el único que trató de ponerle al corriente de la creación de la patrulla. También lo hicieron Roberto, Quique, Luis y alguno más. Así que durante unos instantes el profesor de educación física se debatió entre los nombres de Astromán, capitán Omega, Kron, astronaves y demás, hasta que al fin, con una más o menos remota idea del asunto, alzó los brazos reclamando silencio.

—Bien, vale, formaré parte de esa patrulla. Pero como asesor solamente.

—¡Estupendo! —exclamó Javier—. Serás como... como un sabio jefe que tiene su base en Tierra-I.

—Y te llamarás —afirmó tajante Quique— Erudito Futuro.

—¿Y a qué viene ese nombrecito tan raro?

—Es lógico. Tú eres profesor de Educación Física, pero eso es para despistar; en realidad, «E. F.» oculta tu verdadero nombre de Erudito Futuro.

Cuando Gonzalo pudo dominar la risa, movió afirmativamente la cabeza.

—De acuerdo, seré ese... —volvió a reír unos momentos para al fin añadir—: Erudito Futuro. Pero en secreto, no quiero que este nombre salga de entre nosotros.

La patrulla en pleno alzó la mano derecha y prometió que el secreto permanecería entre ellos.

—Eso me tranquiliza. Y ahora voy a deciros una cosa: los componentes de una patrulla espacial no pueden perder jamás un partido de baloncesto contra simples terráqueos. ¿No es así?

La respuesta fue un auténtico grito de guerra que para sí hubiese querido la más feroz y belicosa de las tribus comanches.

—Sueno, chicos, que Manolo ya está haciendo sonar el claxon y no es cosa de hacerle esperar.

Poco después, los muchachos subían al autobús mientras Manolo, junto a la puerta, los iba contando. Cuando llegó Luis, el conductor lo interpeló con su más suave sonrisa:

—Luis, por favor, ¿me dejas ver esa bocina especial para adelantamientos?

El chico correspondió a la sonrisa, abrió la cartera, extrajo la bocina y se la entregó.

—Te la regalo. En realidad la traje para ti, sólo que antes...

—Querías comprobar que funcionaba bien, es natural. Gracias, Luis; la llevaré en el coche y después de cada partido la haré sonar tantas veces como canastas hayáis conseguido.

JAVIER SE LEVANTÓ indignado, pues la brusca entrada que le había hecho el alero contrario lo había derribado. Entonces vio con estupor que el árbitro hacía sonar el silbato, lo señalaba a él y, alzando los brazos, indicaba falta personal intencionada. En la mesa alzaron el cartel con el número cinco y la sirena sonó señalándole la quinta personal. Javier tuvo intención de dirigirse al árbitro para protestar, pero hizo un esfuerzo y se contuvo. Con la cabeza baja, se encaminó al banquillo tragándose su indignación.

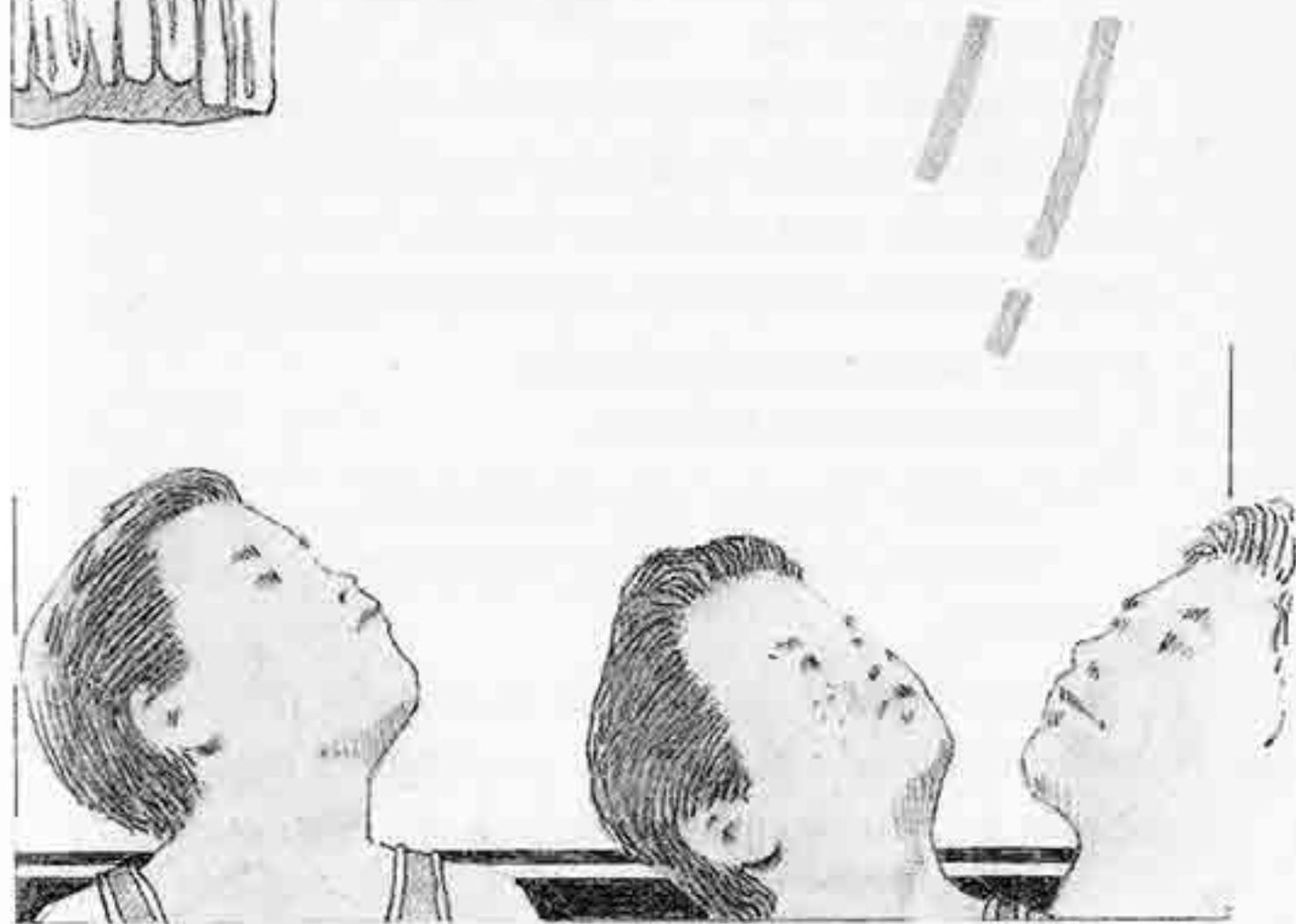
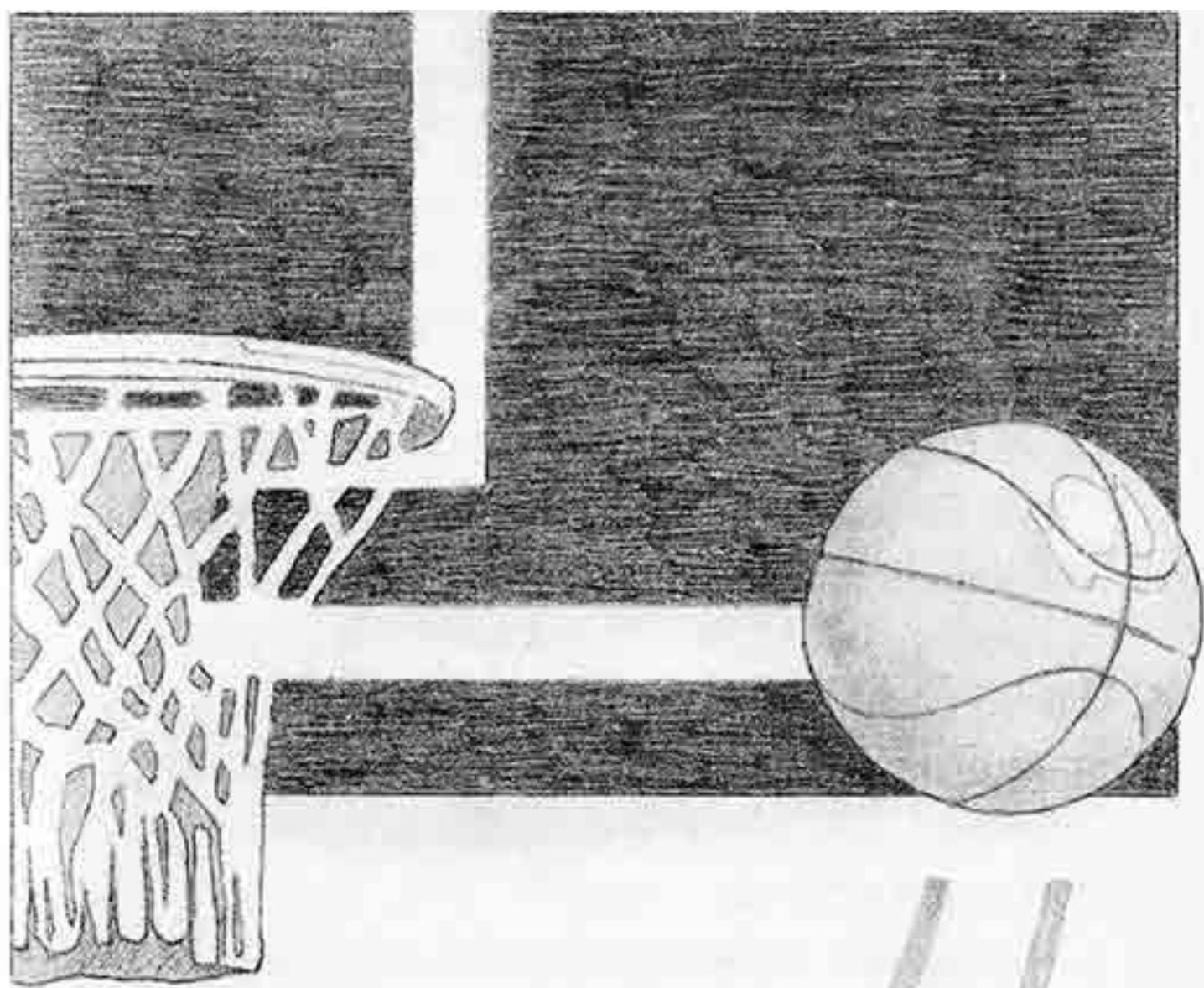
El partido estaba en su segundo tiempo y ganaban por cinco puntos al colegio Las Torres. Éste había ido reduciendo la diferencia de doce puntos con la que había terminado la primera parte. Pero ahora, con la expulsión de Javier, auténtico base del equipo, las cosas se iban a poner feas para el conjunto de Gonzalo. Con su eterna sonrisa, el entrenador animó a los suyos tras haber pedido tiempo muerto.

—Chicos, podemos ganar por más. Tú, Luis, firme bajo la canasta. Roberto, vas a ser el base en lugar de Javier.

—Pero yo soy alero.

—Tú eres Roberto y todos confiamos en ti. Mirad, no podemos defraudarlos.

Los chicos miraron hacia donde señalaba Gonzalo y vieron a sus padres, hermanos y compañeros que gritaban y animaban incansables, mientras, de cuando en cuando, Manolo hacía sonar la famosa bocina.



Unieron las manos y en aquel momento, desde el banquillo, Quique gritó:

—¡Patrulla Espacial! ¡La victoria es nuestra!

Los padres, hermanas, hermanos, compañeros, sin saber en realidad el porqué de aquel grito de guerra, lo repitieron una y otra vez, mientras Manolo hacía sonar la bocina.

Los chicos del colegio Las Torres sonreían con suficiencia seguros de remontar el tanteo adverso, pero no contaban con el espíritu de la patrulla. Ya no eran un equipo de baloncesto, eran cinco máquinas perfectas defendiendo y encestando. Mientras, sus seguidores seguían animándolos con aquel grito de:

—¡Patrulla Espacial! ¡Patrulla Espacial!

Al sonar el pitido final, en el marcador figuraba un rotundo 104-80. Los chicos, sudorosos y emocionados, abrazaron a Gonzalo. Los aplausos y voces atronaban la cancha.

Javier abrazó a Roberto.

—Capitán Omega, eres formidable.

—Gracias, Astromán; no hay quien pueda con la patrulla.

El autobús, al regresar de la cancha donde se había celebrado el partido, pasó por el lugar en el que habitualmente recogía a los chicos cada mañana. Allí, sentado en un banco, estaba Federico.

Al oír el griterío, el barrendero se puso en pie de un salto. Y más de una vecina se asomó alarmada al ver que al vociferante autobús le seguían varios coches haciendo sonar el claxon. Pronto se alejaron en dirección al colegio, donde había preparada una sustanciosa merienda y un alegre acto en honor de los finalistas. Entre tanto, el barrendero volvía a sentarse sonriente a ver caer las hojas de los árboles mientras en sus oídos quedaba el eco de las voces de los chicos.

—¡Federico, hemos ganado y pasamos a la final!

LLEGARON unos días de calma. El equipo del colegio quedó a la espera de que el resto de los conjuntos dilucidaran entre ellos quién sería el otro finalista. Gonzalo espació los entrenamientos, y los muchachos tenían más tiempo para pensar en su patrulla. Casi todas las tardes se reunían en lo que ellos llamaban Base Espacial, en realidad un viejo almacén del padre de Luis que los muchachos habían convertido en centro de reunión.

Era amplio, con varias mesas y sillas más o menos desvencijadas, una gran estantería repleta de cachivaches, un par de viejos baúles y las paredes adornadas con carteles y fotografías de equipos de baloncesto y héroes de historietas del espacio. En el sitio de honor, una foto de Gonzalo, o del sabio Erudito Futuro, como se prefiera, dedicada a la patrulla.

En aquel curioso lugar repasaban las lecciones. Quique ayudaba a los más torpes en los temas de sociales, Javier y Roberto en matemáticas, y Luis fue nombrado «dictador», ya que era el que dictaba. Así, en equipo, o en patrulla si se prefiere, los chicos se ayudaban unos a otros con gran entusiasmo. También se hablaba de todo; bueno, de todo lo que tenía relación con el baloncesto y, especialmente, con la patrulla del espacio. Por ello volvió a tratarse del plan de ir a luchar contra los hombres de Kron, demorado a causa del partido. Tras organizar todo con cuidado, la fecha señalada fue el domingo siguiente.

Y AL FIN LLEGÓ el tan esperado domingo. Después del almuerzo, que todos hicieron algo precipitadamente, los chicos se reunieron en la plaza.

El plan de los muchachos era llegar a una montaña cercana en la que figuraba estar la base de los hombres de Kron que ellos debían conquistar. Alegrementemente se pusieron en marcha profiriendo gritos amenazadores contra el malvado Xor.



Cuando aquella extraña tropa atravesó las calles de la pequeña ciudad, hubo comentarios para todos los gustos.

En una hora larga llegaron a lo alto de la montaña, cantando más bajito, con un paso algo más cansino y despojados de cascos espaciales, cartuchos de papel y demás atributos intergalácticos. Descansaron, comieron, y no tardaron en volver a ser el aguerrido grupo que se lanzó animoso contra los imaginarios defensores de la base kroniana, a los que vencieron en duro combate bien aderezado con gritos y carreras de un lado a otro.

Al fin, cansados esta vez de vociferar y saltar, se reunieron nuevamente.

—Los hemos vencido, mis valientes —exclamó triunfante Javier.

Ya algunos se despojaban de los cascos y se dejaban caer al suelo como fruta madura, cuando Roberto, en su papel de capitán Omega, tuvo una mala ocurrencia.

—Escucha, Astromán. Varios de ellos junto a su jefe Xor han logrado escapar y se han refugiado por aquel lado —terminó señalando la ladera contraria a la que habían subido.

—Los haremos prisioneros —exclamó rápidamente Javier—. Vamos en su busca.

—Oye, Javier... —empezó a decir Luis.

—No soy Javier, soy Astromán.

El pecoso cazador de moscas vaciló un momento, pero al fin dijo:

—Bueno, como quieras; pero por allí está la Gran Grieta, y ya sabes que nos tienen prohibido ir por ese lado que es muy peligroso.

Javier dudó un instante, pero no tardó en rehacerse.

—No me vengas con tonterías; eso era antes, cuando éramos niños. Además, somos la patrulla del espacio y tenemos que apresar a todos los hombres de Kron. Así es que vamos, y el que no quiera venir es un miedica.

Estas seguras palabras acabaron con las vacilaciones que habían despertado las pronunciadas por Luis, y todos, alegres y animados, siguieron al bravo Astromán y al no menos bravo capitán Omega.

De nuevo se sucedieron las carreras y los gritos acompañados de abundantes «pum pum», «ziiii», «ratatá».

—¡Ríndete a la patrulla del espacio!

—¡Capitán Omega! ¡Aquí tengo a seis enemigos que se han entregado!

—¡Desármalos y llévalos a la nave!

—¡Astromán llama a capitán Omega! ¡Astromán llama a capitán Omega! ¡Venga con media docena de hombres! ¡Tenemos rodeado a Xor y a una veintena de sus hombres!

El sol se fue ocultando y las sombras de árboles y picachos se ensancharon y unieron formando una sola. Mientras, los chicos seguían con su juego sin pensar en otra cosa que no fuera apresar a todos sus imaginarios enemigos.

Un muchacho espigado se quitó la bolsa de papel que llevaba como casco espacial y, tras mirar a su alrededor, se acercó a Javier.

—Oye, se está haciendo de noche. Creo que debemos regresar.

Javier, olvidándose de que era el valiente Astromán, miró en torno suyo con aprensión.

—Sí, tienes razón, Pepe; se ha hecho muy tarde.

Cesaron gritos y carreras, las armas permanecieron mudas y los heroicos hombres del espacio se apelotonaron unos contra otros. Rápidamente emprendieron el regreso bajo la grisácea luz del atardecer.

—¿Alguien tiene una linterna? —preguntó Javier con voz no tan firme como la de Astromán—. Cada vez veo menos.

—Yo —respondió un muchacho a la vez que un amarillento rayo de luz brotaba junto a su voz.

—Pero tiene las pilas casi gastadas.

Todos alrededor de la cada vez más escasa luz de la linterna siguieron avanzando con lentitud. De pronto, alguien gritó:

—¡Cuidado! ¡Ésa es la Gran Grieta!

El grupo se inmovilizó como si sus zapatos se hubiesen clavado a la tierra. Allí, frente a ellos, una enorme grieta se abría destacando su negrura. Era una falla enorme abierta quién sabe por qué sismo prehistórico y cuyo fondo nadie conocía.

Paralizados, mientras el tenue brillo de la lámpara trataba vanamente de romper la oscuridad, ocurrió algo increíble.

Del fondo de la grieta, como una respuesta al amarillento rayo de luz, empezó a brotar un débil resplandor que fue aumentando de intensidad hasta convertirse en un chorro de claridad que bañó al grupo por completo. ¡Y ese chorro de luz provenía de la cabeza de un hombre que salía de la grieta! Iba vestido con un traje de caucho en el que brillaban aplicaciones metálicas, y cubría su cabeza con un extraño casco del que brotaba el blanco fulgor. Cuando con lentos pasos se dirigió hacia ellos, los chicos no aguantaron más y, dando gritos, se desbandaron en todas direcciones.

Javier quiso correr igualmente, pero al tratar de hacerlo tropezó con una piedra y cayó al suelo. Dio un par de vueltas sobre sí mismo y se hundió seguidamente en la grieta mientras su grito de terror se hacía oscuridad también.

Por unos momentos se sintió caer; luego, un golpe en el costado que lo dejó casi sin respiración; seguidamente su cabeza chocó con algo duro, y sus manos, que se movían desesperadamente, se asieron a un saliente del que quedó agarrado con todas las fuerzas de su miedo.

—¡Javier!

—¡Contesta!

—¿Dónde estás?

De arriba, como algo muy lejano, le llegaron algunos gritos de sus compañeros que se iban perdiendo en la distancia y en la negrura que lo envolvía. Poco después sintió que algunas piedrecillas caían sobre él. Alzó los ojos, miró con precaución a lo alto y vio un trozo de cielo en el que brillaban las primeras estrellas. Pero lo que llamó su atención fue un foco que cortaba la oscuridad en que estaba sumido y que lentamente se le iba acercando.

Le hizo el efecto de que en la raíz de cada cabello se le formaba una gota de hielo. Cerró los ojos unos instantes y, cuando volvió a abrirlos, el intenso resplandor le dio en ellos de lleno. Luego sintió el roce de una mano fría y, con un grito, se soltó de su asidero; pero aquella mano,

garra, o lo que fuese lo sujetó fuertemente impidiendo su caída.



Durante unos segundos, las dos figuras vacilaron y se balancearon sobre el negro abismo hasta que, con un poderoso esfuerzo, aquel ser lo alzó hasta sus hombros. Javier sintió el frío del metal en su mejilla, a la vez que percibía el áspero respirar de la recia criatura que, tras permanecer unos instantes inmóvil, inició el ascenso hacia la superficie.

Pese a los dolores y el temor que sentía, el chico admiró la fuerza y habilidad del que lo llevaba. Se agarraba a los salientes y hendiduras de la pared con increíble seguridad pese a la carga que transportaba.

Tras un tiempo que a Javier le pareció larguísimo, llegaron al fin a la boca de la grieta. El extraño ser lo dejó en el suelo y miró a su alrededor. El foco que llevaba en la frente describió medio círculo iluminando rocas y árboles.

«Sin duda —pensó el chico— busca su astronave».

Desde el lugar donde había quedado tendido contempló la altísima figura y le hizo el efecto de que era la de un gigante. Luego, la criatura se le acercó; pero Javier ni oyó ni vio nada más, pues se había desmayado.

Cuando el muchacho recobró el sentido, se percató de que lo trasladaban en brazos. Con precaución abrió los ojos para volver a cerrarlos seguidamente. La rápida mirada le había bastado para darse cuenta de que era el ser de otro planeta quien lo llevaba. Pero ¿adónde?

Mil viñetas de cuadernos de aventuras espaciales cruzaron por su mente: platillos volantes, astronaves poderosas cruzando el espacio, ciudades extrañas, hombres de increíbles figuras... Ya no le parecía tan atractivo aquello de irse a vivir a otra galaxia. Se acordó de sus padres, de la tía Matilde, de don Juan, de Gonzalo, de sus amigos de la patrulla..., y a su pesar, unas lágrimas le corrieron por las mejillas. Una áspera mano las secó rudamente mientras a sus oídos llegaba el rumor de unos incomprensibles sonidos que se mezclaban con el ruido de pisadas sobre la hojarasca, tras... tras... tras...

Un aplique metálico del ancho cinturón del hombre intergaláctico le hacía daño en el costado donde se había dado el golpe. Con sumo cuidado se giró poco a poco hasta encontrar una postura más cómoda. Ahora los pasos tenían un sonido diferente, pan... pan... pan..., como si caminara por una superficie lisa. ¿Estarían en la astronave? Tuvo deseos de abrir los ojos, pero no se atrevió. Al contrario, los cerró aún más fuertemente y así estuvo mucho tiempo. De repente le pareció oír voces y música. Después sintió que le ponían sobre una superficie plana que se desplazó rápidamente. Luego, pese a sus ojos cerrados, se dio cuenta de que lo depositaban en otro lugar y de que una gran luz lo bañaba; abrió un poco los ojos y pudo distinguir sobre él un inmenso foco. Los cerró de nuevo y, a causa del dolor y de las emociones, volvió a perder el sentido.

AL ABRIR LOS OJOS nuevamente, Javier se dio cuenta de que estaba tendido sobre algo blando y de que lo rodeaba la mayor oscuridad. Trató de moverse, pero sintió que algo lo sujetaba por el pecho. Movié las manos y pudo alzarlas lentamente hasta su cabeza. Entonces comprobó alarmado que la tenía también sujeta por anchas correas. Poco a poco hizo memoria de todo lo ocurrido

últimamente y se preguntó cómo aquel ser extraño que lo había salvado con riesgo de su vida lo tenía ahora allí amarrado. Ya con las retinas hechas a la oscuridad pudo descubrir, al pie del lugar en que estaba tendido, un bulto cuya suave y acompasada respiración percibía claramente. Javier lanzó un leve quejido de miedo al ver que aquella cosa se alzaba y se inclinaba sobre él. Esta vez apretó los ojos y la boca dejando casi de respirar mientras sentía cada vez más cerca el aliento de aquello. Luego, algo suave y tibio acarició sus mejillas. Javier contuvo al máximo la respiración, hasta que al fin no pudo más y suavemente inhaló aire. Un agradable y familiar perfume lo envolvió y no le fue posible reprimir una palabra:

—Mamá.

—Tranquilo, Javier, ya ha pasado todo.

Sonó un «clic» y una agradable luz le permitió ver a su madre junto a él. Durante unos momentos contempló el bello y querido rostro: luego pidió excitado:

—Desátame, mamá. Y vámonos de aquí.

—Tranquilízate. No estás atado, son las vendas. Te diste muchos golpes, pero no debes preocuparte pues no han sido graves. Si te estás quieto, voy a llamar a tu padre.

—¿También os han cogido a los dos? Sí que es mala suerte. Pero vete a buscarlo y nos escaparemos de la astronave.

—Javier, por favor —en la voz había un tono de preocupación—, no te excites; cálmate.

El muchacho la vio pulsar un timbre y al poco rato se abrió una puerta. Su padre se acercó a él y le dio un beso en la frente. Luego cerró el puño y le golpeó levemente en la barbilla mientras le decía con una voz en la que sin gran esfuerzo se adivinaba una emoción contenida:

—Me alegra verte bien, muchacho.

Javier compuso una sonrisa a medias entre la alegría y la incertidumbre.

—Yo también me alegro de no estar solo. Y dime, papá, ¿está él aquí?

—¿Él? ¿Quién es él?

—El hombre de otra galaxia, el que me sacó de la Gran Grieta y me trajo a esta astronave.

—No te entiendo, Javier; esto no es una astronave, es la clínica del doctor Méndez.

En ese instante, embutido en su bata verde y acompañado de una enfermera, hizo su entrada en el cuarto el doctor, quien, tras saludar amablemente a los padres, se acercó sonriente a la cama.

—Ya veo que has retornado al mundo, Javier. Vamos a ver cómo estás después de casi dos días durmiendo —le puso el estetoscopio en el pecho y escuchó unos momentos—. Bien, bien. ¿La temperatura, enfermera?

—La última se le tomó hace una hora. Treinta y seis ocho.

—Perfecto. Tengo que decirte, jovencito, que el informe de traumatología no señala ninguna rotura. Un buen chichón en la cabeza y magulladuras por todo el cuerpo; en resumen, un par de días más en cama y de nuevo a hacer vida normal —rió socarrón—. Entendiendo por hacer vida normal ir al colegio, jugar..., pero no lanzarte rodando por Dios sabe dónde.

—Es que tropecé con una piedra al tratar de huir y fui a caer en la Gran Grieta. Si no es por el hombre de otra galaxia, no salgo de allí.

Los mayores se miraron entre sí. La enfermera le puso el termómetro, el médico le tomó el

pulso y los dos esposos se cogieron de la mano dándose ánimos mutuamente. El primero en hablar fue el doctor, quien movió la cabeza y dijo para sí:

—Normal, completamente normal.

Luego fue la enfermera la que, tras mirar el termómetro, fijó sus ojos en los del doctor y repitió sus palabras.

—Normal, completamente normal.

—Quizá el golpe en la cabeza, —insinuó la madre.

—Es que —intervino el padre— ahí fuera hay media docena de compañeros de Javier esperando para verlo. Vinieron también ayer y me han contado una serie de cosas raras de un hombre extraño que se les apareció saliendo de la Gran Grieta. Y ellos no han sufrido golpes en la cabeza.

—La imaginación de los chicos no tiene límites —sentenció el médico.

—¿Están aquí mis amigos? —Javier se incorporó en la cama—. Por favor, que entren.

Momentos después, Roberto, Luis, Quique, Pepe y Paco entraron en la habitación y fueron dejando sobre la cama, junto a su mejor sonrisa, una caja de bombones, revistas del espacio, dos paquetes de pipas, chicles de diversas formas y tamaños y algunos paquetes de caramelos. La enfermera se apresuró a requisarlo todo poniéndolo fuera del alcance de Javier.

—Te lo guardo aquí —comentó—. Ya te lo daré cuando salgas.

—Pero es para que se los coma ahora —protestó Luis.

—Y para que lea la última aventura de Astromán —remachó Roberto.

—Lo hará, no os preocupéis —intervino conciliador el padre—; pero de momento no debe comer golosinas ni leer, pues ha de descansar.

—Vale —se conformó Quique—. Y eso que no te lo hemos traído todo... El resto lo hemos guardado en la Base Espacial. La clase entera quería venir, Javier, pero don Juan dijo que sólo unos pocos. Te manda recuerdos.

—Les dais a todos un abrazo de mi parte —Javier sonrió—, incluso a don Juan. ¿Y Gonzalo, qué os ha dicho? ¿Va a venir?

—Bueno —trató de aclarar torpemente Luis—, el caso es que Gonzalo está en la capital. Tuvo que irse por lo del accidente, ya sabes.

—No sé nada; como no te aclares...

Luis miró apurado al padre de Javier y éste a su vez al médico. El doctor se encogió de hombros resignado y dijo:

—Verás, vuestro profesor de educación física tuvo un accidente, pero no te preocupes que no es grave. Tiene unas esquirlas de roca clavadas en los ojos y aquí no podíamos hacer nada para extraérselas; por eso lo trasladaron a la capital. Allí hay muy buenos especialistas y se pondrá bien enseguida.

—¿De verdad, doctor?

—Claro que sí; no tan pronto como tú, pero estará bien en poco tiempo.

—¿Y dónde fue? —indagó Javier.

—En los ojos —respondió Roberto.

—Quiero decir en qué lugar, de qué forma le pasó.

—No lo sabemos en realidad —aclaró el médico—. Vino a verme y me dijo algo sobre un accidente, pero no le pregunté más. Y ahora, si no os importa, contadnos cómo fue eso de la Gran Grieta.

Al principio no fue fácil enterarse de nada, pues todos hablaban a la vez, pero poco a poco los mayores pudieron conocer al detalle la aventura.

—¿Y todos visteis a ese hombre alto con el foco en la frente?

—Sí, don Javier —respondió seguro Roberto—. Era un hombre del espacio, y por eso nos asustamos y salimos corriendo sin parar hasta llegar a casa.

—Era como Astromán —confirmó Luis.

—¿Quién es ese Astromán? —preguntó el médico con curiosidad.

Quique se acercó al lugar donde la enfermera había dejado los cuadernos de historietas, cogió uno y se lo mostró.

—Éste, el del rifle sónico.

Con una sonrisa contempló el galeno el cuaderno.

—Ya voy entendiendo. Y tú, Javier, ¿hablaste con él?

—No, no lo hice; estaba muy asustado. Yo sólo sé que me sacó de la Gran Grieta exponiendo su vida. Era muy difícil y peligroso sacarme de allí. Luego me llevó en sus brazos un largo trecho; por eso creía que me había llevado a su astronave, pero lo que hizo fue traerme a la clínica para que me atendieran, no cabe duda.

—¿Ninguno de tus amigos te trajo hasta aquí?

—Ya le he dicho que fue el hombre de otra galaxia.

El médico lo miró seriamente, casi con severidad, y luego se acercó al teléfono y estuvo hablando unos momentos. Cuando colgó el auricular y se volvió a los padres de Javier, su expresión era de perplejidad.

—Me informan de urgencias que el domingo por la noche había dos enfermeros de servicio a la entrada. Estaban distraídos viendo la televisión cuando sonó el timbre, corrieron y se encontraron con un individuo al que no pudieron ver pues de su frente brotaba una luz muy fuerte. El hombre les entregó al chico y desapareció sin decir palabra. Llevaron a Javier al quirófano y uno de los enfermeros, que lo conocía, fue quien los llamó a ustedes.

Mientras los mayores se miraban con caras de estupor, los representantes de la patrulla espacial lo hacían con rostros de seguridad acompañados de algún que otro gesto de importancia.

DON Cosme miró extrañado a su alrededor. El sol que entraba por la ventana se filtraba a través de las cortinas y daba un tono dorado al dormitorio. Moviendo incrédulo la cabeza, saltó de la cama, se puso la bata y se asomó al balcón. Sí, allí estaban los chicos, como siempre; bueno, como siempre no, ya que sólo uno de ellos hablaba y los demás se limitaban a escuchar atentos. Aquello no era normal y don Cosme se sintió molesto. Desde que se había jubilado y había podido prescindir del despertador, aquella maquineta que con su estridente campanilleo le recordaba que debía levantarse para ir al trabajo, don Cosme se despertaba con la algarabía de los chicos que se reunían junto a su casa para coger el autobús del colegio. Era hasta agradable; las risas y el parloteo lo despertaban, pero él volvía a entornar los ojos mientras las voces, como las de un mar suave unas veces y agitado otras, llegaban hasta él y lo iban despabilando poco a poco. Por eso aquel día se sintió defraudado, pero es que no sabía que Javier volvía a clase después de su estancia en la clínica y ahora contaba a sus compañeros la aventura pasada junto al hombre de otra galaxia.

—Entonces ¿no le viste la cara, Javier?

—No, Luis; el foco, por un lado, y el miedo que sentía, por otro, no me dejaron verlo bien.

—¿De qué color tenía la piel?

—No me di cuenta, Paco. Ya os digo que estaba asustado, no podía pensar ni fijarme en detalles. Lo que es cierto es que me salvó: bajó a la Gran Grieta a buscarme y me sacó de ella exponiendo su vida.

Federico, que con la escoba sobre el hombro escuchaba atentamente como uno más de los muchachos, intervino curioso.

—Y a ese hombre, o lo que fuera, ¿sólo lo viste tú?

Todos los chicos se unieron para explicarle al bueno de Federico que ellos también habían visto al ser de otra galaxia. El griterío llegó claramente a oídos de don Cosme, quien, a la vez que untaba el pan con mantequilla, movía satisfecho la cabeza. Un poco tarde pero al fin sonaban gritos como de costumbre.

La llegada de Manolo con el autobús y su pronta marcha con los chicos rumbo al colegio hizo que volviera el silencio. Mientras, Federico, con disimulo, dejó la escoba apoyada en el carrito repleto de hojas secas, se sentó en un banco y hojeó con interés un cuaderno de aventuras espaciales que le había prestado Roberto antes de irse.

EN EL DESPACHO del director había reunión de profesores. El asunto que los había congregado era que ya se había señalado la fecha de la final de baloncesto y el equipo del colegio estaba sin entrenador a causa del accidente de Gonzalo.

—Sería penoso no tomar parte en la final después del esfuerzo y la ilusión que han puesto los muchachos. Por eso los he reunido para, entre todos, buscar una solución.

—Quizá Gonzalo, aunque no esté bien del todo, pudiera hacer algo.

El director negó con la cabeza.

—Imposible. Ha sido sometido a una delicada operación, y el partido será el domingo.

—Bueno —intervino otro—, podríamos contratar a un entrenador para este encuentro.

De nuevo el director movió negativamente la cabeza.

—No quisiera que nadie ajeno al colegio se hiciera cargo del equipo. Tiene que ser uno de nosotros.

—Pero no se trata de un examen, ¡es un partido de baloncesto!

—Lo sé perfectamente y he meditado sobre ello. Por eso propongo que Juan se haga cargo del equipo, si lo acepta y ustedes están de acuerdo.

Los profesores sí estuvieron de acuerdo, pero el bueno de don Juan se defendió como pudo.

—Pero razonen, amigos míos, ¿qué sé yo de baloncesto? Además, los chicos están perfectamente preparados por Gonzalo y por eso han llegado a la final.

El director pidió calma, y las voces rogando a don Juan que se hiciera cargo del equipo enmudecieron.

—Escucha, Juan. Dices que los chicos están perfectamente preparados y es cierto. Eso no nos debe preocupar. Pero un partido tiene muchos avatares y es necesario que en el banquillo haya alguien para encarrilarlo si es preciso.



—De completo acuerdo, pero ¿yo qué sé de tácticas y demás? Nada, absolutamente nada.

—Eres campeón de ajedrez, ¿no es cierto?

—Y profesor de sociales de este colegio. ¿Qué tiene que ver eso con el baloncesto?

—Nada y mucho. Me explico: estamos de acuerdo en que los muchachos están bien preparados. Entonces, piénsalo, lo que necesitan es un estratega, alguien que les dé normas para ganar, alguien que sepa dar jaque mate al contrario.

—Perdónenme ustedes, pero yo no entiendo esto.

Y aún no lo entendía el bueno de don Juan cuando, junto al director, se vio frente a los muchachos de la clase y oyó la explosión de alegría de los chicos al serles anunciada la fecha del encuentro, las voces de decepción al saber que Gonzalo no podría estar en el banquillo y cuando palpó el ominoso silencio que se hizo al ser informados de quién sería el nuevo entrenador.

—Bien —terminó el director—, estoy seguro de que la victoria será nuestra; así es que ánimo, que faltan pocos días.

El director no dio ningún portazo al salir, pero era tal el silencio, que lo pareció. Don Juan también permaneció callado durante unos momentos. Observaba las caras de desencanto de los muchachos. Al fin, hizo un esfuerzo y habló:

—Hay momentos en la vida en que nos vemos obligados a hacer algo para lo que no nos sentimos capacitados. Esto no quiere decir que lo dejemos de hacer o lo hagamos mal; al contrario, tenemos que esforzarnos en hacerlo lo mejor posible. Eso es lo que yo voy a intentar contando para ello con vuestra colaboración. Y ahora vamos con la clase; esta tarde, en la cancha, hablaremos del baloncesto.

Efectivamente, por la tarde se reunieron todos en la cancha. El único que no iba convenientemente equipado era el profesor. Llevaba chaqueta y corbata, lo que arrancó algunas sonrisas y otros tantos gestos de preocupación.

—No se ha puesto el chándal —comentó Roberto.

—Da gracias de que venga así y no con armadura para un torneo medieval —fue la cáustica respuesta de Javier.

Mientras, don Juan indicó a los chicos con unas palmadas que se reunieran junto a él. Cuando todos lo hicieron, paseó la mirada por los especiantes rostros y dijo:

—No ha sido decisión mía hacerme cargo del equipo. El claustro de profesores ha creído que debe ser así y yo acato este deseo; y, como os dije antes, voy a intentar hacerlo lo mejor posible. Gonzalo os ha preparado perfectamente y ahora os toca a vosotros no defraudarlo y brindarle la victoria, aunque él no esté en el banquillo para dirigiros.

—No se preocupe, don Juan —respondió Quique—, haremos lo posible por ganar.

Se oyeron otras voces en sentido parecido pero que denunciaban claramente por su tono que no todos confiaban en la victoria.

Media hora después, el director y uno de los profesores, que se habían acercado a la cancha para ver cómo iban las cosas, contemplaron algo fuera de lo esperado: don Juan, situado en el centro del campo, recibía instrucciones de los chicos como si en realidad fuera él quien habría de contender en la final.

—Fíjese —decía Luis uniendo la acción a la palabra—, esto es un tiro de seis veinticinco y vale tres puntos.

—Y aquí, a esta distancia —añadió Javier—, el enceste equivale a dos puntos.

Quique cogió un balón y, botándolo con la mano derecha, alzó la izquierda.

—Ahora, chicos, vamos a hacer una defensa por zonas y luego personal para que don Juan se dé cuenta.

—¡Esto es horrible! —musitó el profesor de matemáticas mirando al director con cara de terror—. ¿Te das cuenta?

—Claro que me doy cuenta. Es lógico que Juan aprenda algo, y nadie mejor que los chicos para enseñarle.

—Pero ¿no debería ser al revés?

—Eso vendrá después, estoy seguro —le pasó un brazo por los hombros mientras se alejaban—. Ya me lo dirás dentro de poco.

Y se lo dijo al día siguiente. El profesor entró como una tromba en el despacho del director.

—Vengo de la cancha de baloncesto.

—Y Juan sigue aprendiendo de los chicos, ¿no?

—¡No! Es él el que explica ahora.

—Va más rápido de lo que yo esperaba.

—Pero ¿imaginas qué es lo que les enseña? Les ha dicho que el baloncesto lo inventó un profesor como nosotros, un tal Naismith. Para que a sus alumnos les resultaran más distraídas las clases de gimnasia, puso un cesto de fruta a cada lado del patio del colegio. Cada equipo debía introducir la pelota en uno de los cestos e intentar que el equipo contrario no lo hiciera.

—Curioso, ¿verdad? —respondió muy tranquilo el director—. Yo tampoco lo sabía.

—Y posiblemente no lo sepan nuestros adversarios, pero lo que sí sabrán es darnos una paliza en la final.

—No pierdas la confianza.

—No puedo perderla, es que ya no la tengo.

AQUELLA MISMA TARDE, una cabina telefónica fue virtualmente asaltada por la patrulla. Los transeúntes miraban con curiosidad cómo en su interior, apretados unos contra otros, había media docena de chicos. Mientras, el resto, al igual que hormigas sobre una gota de miel, la rodeaban completamente.

Quique, que previamente había hecho una colecta entre todos, se introdujo también en la cabina llevando una cajita llena de monedas.

—Aquí tienes, Javier.

Éste introdujo varias monedas por la ranura y, tras consultar un arrugado papel que sacó de su bolsillo, fue marcando los números ante la expectación general. Luego, cuando empezó a hablar, se hizo un gran silencio.

—¿Hospital Provincial? Queremos hablar con la habitación cuatrocientos doce. Con don

Gonzalo —hubo una larga pausa—. Sí, pero él se alegrará de nuestra llamada... ¿Que quién soy? Bueno, somos todos nosotros, señorita, sus alumnos. Sí, sí, es sólo un momento para saber cómo se encuentra. Gracias —se volvió a los demás a la vez que tapaba con la mano el micrófono del teléfono—. Nos van a poner con la habitación.

Estas palabras fueron repetidas por todos y cada uno, más que para informar a los otros como una expresión de satisfacción que se hizo silencio al hablar de nuevo Javier.

—¿Gonzalo? Sí, soy yo, pero aquí estamos todos. Sí, desde una cabina. ¿Cómo te encuentras? —después de escuchar unos momentos informó—: Dice que está muy bien —y tras oír a sus compañeros, volvió a hablar por el teléfono—: Todos se alegran, Gonzalo, y te envían recuerdos. Oye, es que tenemos un problema con el partido. Se juega el próximo... ¿Lo sabías? ¿También sabes que don Juan es el encargado de...? Sí, claro, pero es que tiene sus ideas. De momento no somos bases, ni pivots, ni aleros; somos torres, peones y alfiles... No te rías, que es verdad.

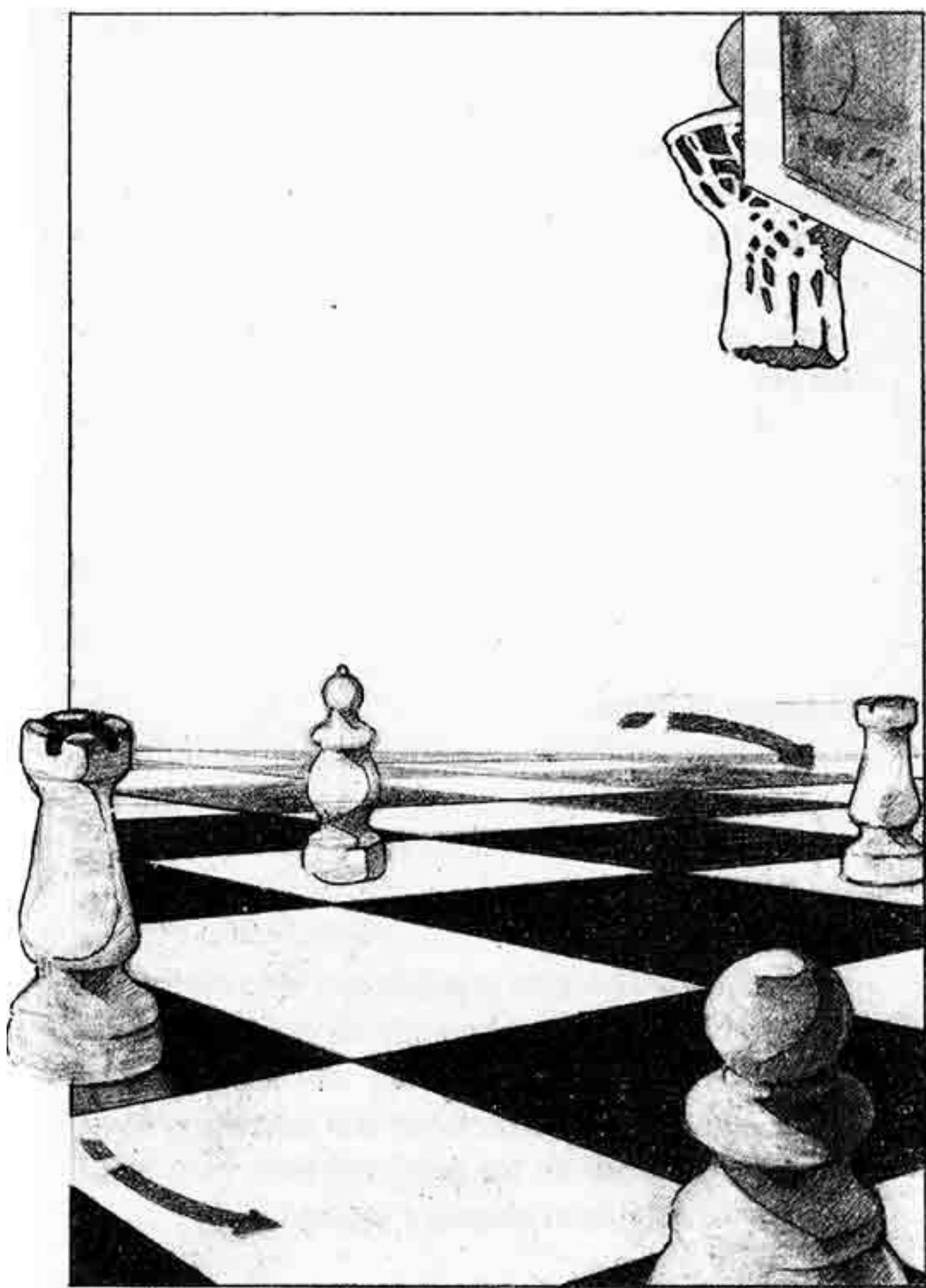
La expresión de estupor de Javier se fue transformando poco a poco en otra de satisfacción.

—Sí, Gonzalo, haremos lo que nos diga don Juan... Naturalmente, te llevaremos la copa..., no lo dudes, confía en nosotros... También hay otra cosa: hemos conocido a un hombre de otra galaxia... No lo tomes a broma que es muy serio. Lo vimos todos, a mí me salvó y me llevó a la clínica... No es para que te guasees, es cierto lo que te digo... De acuerdo, de acuerdo, cuando vengas te contaremos todo con más detalle y nos ayudarás a dar de nuevo con él... Sí, lo que tú digas, ahora sólo nos ocuparemos del partido... Sí, claro, y de ganarlo... Entendido, se lo diré a los demás, descuida. Bien, ahora, como todos quieren saludarte, escucha.

Javier alzó el auricular a la vez que la patrulla en pleno expresaba a voz en grito sus buenos deseos de salud para el profesor.

Lo malo fue que en aquel momento la telefonista del hospital quiso escuchar si ya habían terminado y lo que oyó fue un alarido fenomenal mezclado con las risas de Gonzalo. Aquello hizo que llamara rápidamente a la planta.

—¿Planta cuarta? Por favor, miren si el enfermo de la cuatrocientos doce está bien.



Mientras, la patrulla volvía alegre y satisfecha a su Base Espacial para comentar en detalle la conversación sostenida con Gonzalo, o si se prefiere, con Erudito Futuro.

Dos días antes del partido, el preocupado profesor de matemáticas casi se desmaya cuando al entrar en la cancha vio jugar a los chicos y oyó las voces de don Juan.

—¡Eso es! Torre avanza y amenaza, peón cierra la salida y alfil da jaque. ¡Magnífico encesto, Javier! Y ahora vamos con otra jugada que os indicaré poniendo los brazos así. Es un jaque mate famoso en la historia del ajedrez y nos viene como anillo al dedo si nuestros adversarios emplean la defensa por zonas.

Don Juan estaba sentado en el banquillo junto a Quique, que tomaba notas en un papel. Ante él tenía un tablero de ajedrez sobre el cual movía las fichas a la vez que daba instrucciones a los muchachos.

Titulares y suplentes jugaban con entusiasmo. Procuraban seguir exactamente las extrañas tácticas de don Juan. Las repetían una y otra vez hasta dominarlas, mientras en sus rostros no se veía el desaliento de los primeros días; bien al contrario, reflejaban alegría y seguridad.

En esta ocasión, el preocupado profesor de matemáticas, tras el entrenamiento, no fue directamente al despacho del director para contarle sus tribulaciones, sino que primero decidió ir a tomar una ducha para aclarar las ideas.

DON Juan entró en el vestuario y cerró la puerta tras él. Con aquel gesto dejó fuera el griterío de los alumnos, profesores y familiares que llenaban el pabellón de deportes, y se enfrentó con los rostros tristes y los gestos de desilusión de sus muchachos.

—No es para tanto, chicos; que nos hayan sacado seis puntos en el primer tiempo no quiere decir que en el segundo no remontemos ese tanteador e incluso lo superemos.

No hubo respuesta; únicamente una serie de miradas de desencanto y de impotencia.

—Don Juan —habló tras un largo silencio Javier mientras se secaba enérgicamente con la toalla—, hemos estado todo el primer tiempo dos arriba dos abajo, pero al final, en cuanto han empleado la defensa por zonas, nos han frenado y se nos han venido encima. Son buenos, hay que reconocerlo.

—Eso no se puede dudar, por eso han llegado a la final, pero nosotros también estamos aquí por el mismo motivo.

—Si Gonzalo estuviese aquí... —se lamentó inconscientemente Roberto.

—¿Es eso lo que le vas a decir cuando te pregunte por qué no habéis ganado?

—No, don Juan, pero sería distinto.

—La realidad es que no está aquí y no por ello vamos a defraudarlo. Aún tenemos dos armas en nuestro poder —sonrió el profesor al ver las caras anhelantes que se alzaron hacia él—. Una es el querer vencer; la otra, las tácticas que os expliqué los días pasados. Si las ejecutáis tal como ensayamos, vamos a ganar y por diferencia.

Los rostros fueron cambiando de expresión, los ojos ya no miraban al suelo y las palabras de Luis sonaron enérgicas y seguras:

—Vamos a dar un repaso para estar seguros de que no hemos olvidado nada. ¿Le parece, don Juan?

—De acuerdo, escuchad con atención.

Los árbitros y jugadores del equipo adversario ya estaban en la cancha. Esperaban impacientes la llegada del conjunto de la patrulla. Por fin, el árbitro principal rogó que alguien fuera al vestuario para advertirles que la segunda parte del encuentro iba a comenzar. El empleado del pabellón que se encargó de ello llamó a la puerta suavemente sin obtener respuesta, escuchó curioso y lo que oyó le hizo llamar nuevamente con más energía. Al fin se abrió la puerta y por ella salieron los chicos, alegres y animosos, mientras don Juan continuaba hablándoles:

—Cuando yo alce los brazos de esta forma, ya sabéis: las torres a sus puestos, el peón

avanzará rápidamente mientras los alfiles ejecutan la jugada.

El empleado los vio pasar a su lado sin dar crédito a lo que oía. Lástima que no conociera al profesor de matemáticas, pues hubiera sido curioso oír los comentarios de los dos.

Y empezó el segundo tiempo del partido. El preparador del equipo contrario mantuvo la misma táctica, y en los primeros segundos, tras abortar un ataque, consiguieron otra canasta poniéndose ocho puntos arriba. Los seguidores de los de la patrulla enmudecieron. Incluso Manolo, con gesto de desaliento, se guardó la bocina en un bolsillo de la chaqueta. Mientras, en el banquillo, tras mover unas fichas sobre el tablero de ajedrez, don Juan se puso en pie y dijo a su ayudante Quique:

—Allá vamos, muchacho.

Alzó el brazo izquierdo en vertical, el derecho doblado por el codo y dio unos curiosos saltitos para llamar la atención de sus jugadores. Pero no sólo éstos lo vieron, sino la totalidad del público, aunque la reacción fue diferente en cada caso. Mientras unos sonreían o reían abiertamente, los otros, los jugadores, se lanzaron como centellas hacia distintos lugares de la cancha, interceptaron un balón y seguidamente Luis realizó un magnífico enceste. Los adversarios sacaron de su campo y se dispusieron al ataque, pero quedaron desconcertados al ver las rápidas carreras de los de la patrulla que de nuevo interceptaron un lanzamiento para seguidamente volver a encestar. Cuando llegó el empate, Manolo volvió a sacar la bocina, y los que estaban mudos gritaron y aplaudieron, entre ellos el profesor de matemáticas, quien, volviéndose al director, que estaba a su lado, comentó:

—Tenías razón; Juan sabe lo que hace.

—Mientras no se canse de estar en esa postura.

Y es que el entrenador seguía con los brazos en alto como si fuera a iniciar una curiosa danza.

A los diez minutos, el panorama había cambiado por completo: eran ahora los de la patrulla los que ganaban por ocho puntos; por eso el preparador rival pidió tiempo muerto.

Agitados pero con rostros de satisfacción, Javier, Roberto, Luis y los demás rodearon a don Juan. Éste dejó al fin su forzada postura.

—Ha dado resultado, ¿verdad, chicos? Ahora hay que estar muy atentos pues es seguro que cambiarán de táctica. Yo desde aquí os señalaré las jugadas. ¿Os acordáis? Está la de avance de peón, retraso de torres, alfiles o laterales para abrir paso...

De nuevo el público sonrió al ver las posturas de don Juan.

Efectivamente, los rivales salieron lanzados haciendo un marcaje de presión. Pero la euforia únicamente les duró un momento, ya que don Juan, esta vez subido en el banquillo, continuó con las indicaciones corporales; tanto es así que, en el momento en que iba a lanzarse una tanda de tiros libres, el árbitro principal se dirigió a él:

—¿Qué hace usted?

—Lo mismo que usted: trabajo. Usted arbitra y yo animo a mi equipo.

—Pero esa forma...

—¿Lo prohíbe el reglamento?

El árbitro se encogió de hombros y fue hacia la canasta para ordenar el lanzamiento de los

tiros libres.

Prosiguió el encuentro con la misma tónica. Los de la patrulla continuaron con aquel terrible juego que arrollaba a sus rivales, en las gradas se gritaba y aplaudía, Andrés filmaba en vídeo y daba voces de aliento, Manolo hacía sonar la bocina... Pero todo aquello no fue nada comparado con el griterío que se alzó cuando el árbitro dio el pitazo final.

Correctamente, el preparador del equipo rival fue en busca de don Juan para felicitarlo por el triunfo; pero no lo encontró, ya que éste, tras abrazar a los chicos, indicó que tenía un asunto urgente, y poco después, en su «fósil», se alejaba del pabellón de deportes.

Como el partido se había jugado en la capital de la provincia, los muchachos solicitaron del director que, antes de regresar, pasaran por el hospital para entregar la copa a Gonzalo. Pero en el hospital la cosa se complicó ya que la totalidad de los jugadores y seguidores querían estar presentes. Por fin, el doctor Méndez, que había venido a ver jugar a su sobrino Luis, habló con la directora del hospital y ésta accedió a que Gonzalo bajara un momento, «sólo un momento», insistió, a un amplio salón donde se reunieron.

Cuando llegó el profesor de educación física, llevado del brazo por una enfermera, se hizo un gran silencio. Todos contemplaron su pálido rostro, en el que lucían unas anchas gafas negras sobre los apósitos que cubrían sus ojos, y también su cálida y agradable sonrisa.

—Y bien, ¿dónde están esos campeones?

La enfermera trató de parar la avalancha, pero fue inútil. Gonzalo se vio abrazado, golpeado y zarandeado durante unos momentos, la tapa de la copa cayó al suelo varias veces y otras tantas fue recogida, hasta que al fin quedó en manos de su destinatario. Éste la sopesó y dijo:

—Muchachos, esto es una copa; os felicito por la victoria. ¿Y dónde está el entrenador del año?

—Don Juan tenía algo importante que hacer y se fue en su «fósil», bueno, quiero decir en su coche, nada más terminar el partido —aclaró Javier.

Gonzalo amplió su sonrisa y comentó:

—Que le gusta a este hombre desaparecer en ciertos momentos. Decidle que ha realizado una magnífica labor y dadle un abrazo de mi parte.

La enfermera indicó que el tiempo había terminado y el profesor tendió la copa.

—Llevala a la Base; cuando regrese quiero verla allí en el sitio de honor. Después haremos una fiesta para colocarla en la vitrina del colegio.

Fue Quique quien la recogió, y al hacerlo se fijó en las manos de Gonzalo llenas de arañazos y esparadrapos.

AQUEL FIN DE SEMANA la Base Espacial estuvo en conmoción, fue barrida, lavada y brillantada una y otra vez, hasta que al fin la consideraron apta para recibir la copa de campeones. Colocaron el trofeo con toda ceremonia en el lugar más visible, sobre una mesa que Paco había conseguido. Tras mirar desde todos los ángulos, los chicos consideraron que la foto de Gonzalo, que estaba colgada en la pared opuesta, debía figurar junto a la copa. Así que durante un

buen rato discutieron si sería mejor poner la foto junto a la copa o ésta al lado de la foto. Al fin se pusieron de acuerdo y colocaron la mesita a gusto de todos.

—Yo quiero proponer algo —dijo tímidamente Javier.

—Está bien así, Javi, no vamos a estar todo el día igual.

—No me refiero a eso, Roberto. Es que falta algo, creo yo.

—¿Y qué es lo que falta?

—Poner una foto de don Juan. Al fin y al cabo, él..., sus tácticas...

A Javier se le secó la garganta mientras el silencio se hacía dueño de la Base Espacial.

—¿Junto a la de Gonzalo? —preguntó al fin Luis.

—Sí, un poco más pequeña, pero sí, eso es lo que propongo.

Se alargó el silencio como un chicle mientras se miraban unos a otros, indecisos. Finalmente Andrés, el especialista en vídeo, se atrevió a decir mientras buscaba en una vieja carpeta:

—Yo tengo aquí una foto del «fósil» de don Juan, con él dentro, claro.

La foto pasó de mano en mano entre gestos ambiguos.

—No se le ve muy bien, pero puede servir.

—Pero es él, no cabe duda.

Al fin la foto fue puesta junto a la de Gonzalo.

—Queda bastante bien —confirmó Roberto—. Se sabe que es él, por el coche, claro; pero como no tenemos otra, vale.

—Ahora falta una del hombre de otra galaxia —bromeó Luis—, y así tendríamos el equipo completo.

—Quizá no haga falta —aseveró Quique muy serio— y la tengamos ya en la pared.

—¿Qué estás diciendo? —se extrañó Roberto.

—Algo muy serio, lo sé, pero tengo mis motivos. Vamos a ver, ¿de verdad creéis que era un hombre de otra galaxia el que vimos junto a la Gran Grieta?

Primero fueron caras de asombro; después, un fenomenal griterío afirmativo que se unió a la pregunta de Javier:

—Pero, Quique, ¿no lo viste tú igual que todos? Además, yo puedo asegurarlo, me sacó de la grieta, me llevó en brazos, era alto y fuerte.

—¿Como Gonzalo?

Javier abrió la boca, volvió a cerrarla y al fin despegó de nuevo los labios para hilvanar con dificultad unas palabras:

—¿Qué... qué quieres decir... con eso?

—Eso que digo es una sospecha simplemente.

—Pero, Quique, ¿cómo se te ha ocurrido semejante cosa?

—¿Qué quieres que te diga, Roberto? Me cuesta trabajo creer que un ser espacial se venga a vivir a la Gran Grieta. Además, hay varias preguntas sin respuesta. ¿Cómo se hirió Gonzalo en los ojos? Nadie lo sabe. Por otro lado, cuando me dio la copa me fijé en sus manos: las tenía llenas de arañazos, como si hubiese trepado por un lugar escarpado y difícil.

—Tiene razón Quique —aseveró Luis—. Yo también se las vi.

—También viste al hombre extraño salir de la grieta —replicó enérgico Roberto—. ¿O no?

—Sí, también lo vi.

—Y era alto, y vestía un traje espacial con una luz en el casco —afirmó Javier más para convencerse a sí mismo que a los demás—. No, no era Gonzalo.

—Pues si no era Gonzalo, tampoco era un ser de otra galaxia.

—¿Por qué, Quique?

—No es lógico.

Momentos después, la patrulla estaba dividida en dos grupos, uno con Quique como líder y otro con Javier como cabeza visible.

La discusión se prolongó durante un buen rato. Cada uno alegaba sus razones sin ponerse de acuerdo. De pronto, Roberto tuvo la idea salvadora.

—Bueno, chicos, la verdad es que ni unos ni otros estamos seguros de lo que decimos, ¿no es verdad?

—Es cierto —aceptó Quique—. Yo sólo he expresado una sospecha.

—Y por mi parte —aceptó Javier—, defiendiendo lo que vi.

—Pues de acuerdo entonces. Lo que yo propongo es que la patrulla se dedique a una investigación del caso y así sabremos quién tiene razón.

—¿Vamos a convertir la patrulla en un grupo de policías?

A la pregunta de Luis respondió rápidamente Quique:

—Es posible; la «P. E.», de Patrulla Espacial, puede significar también Policía Especial.

No hizo falta más. Se aplaudió, se gritó y la patrulla se unió de nuevo y se dispuso a investigar a fondo el caso del hombre de otra galaxia.

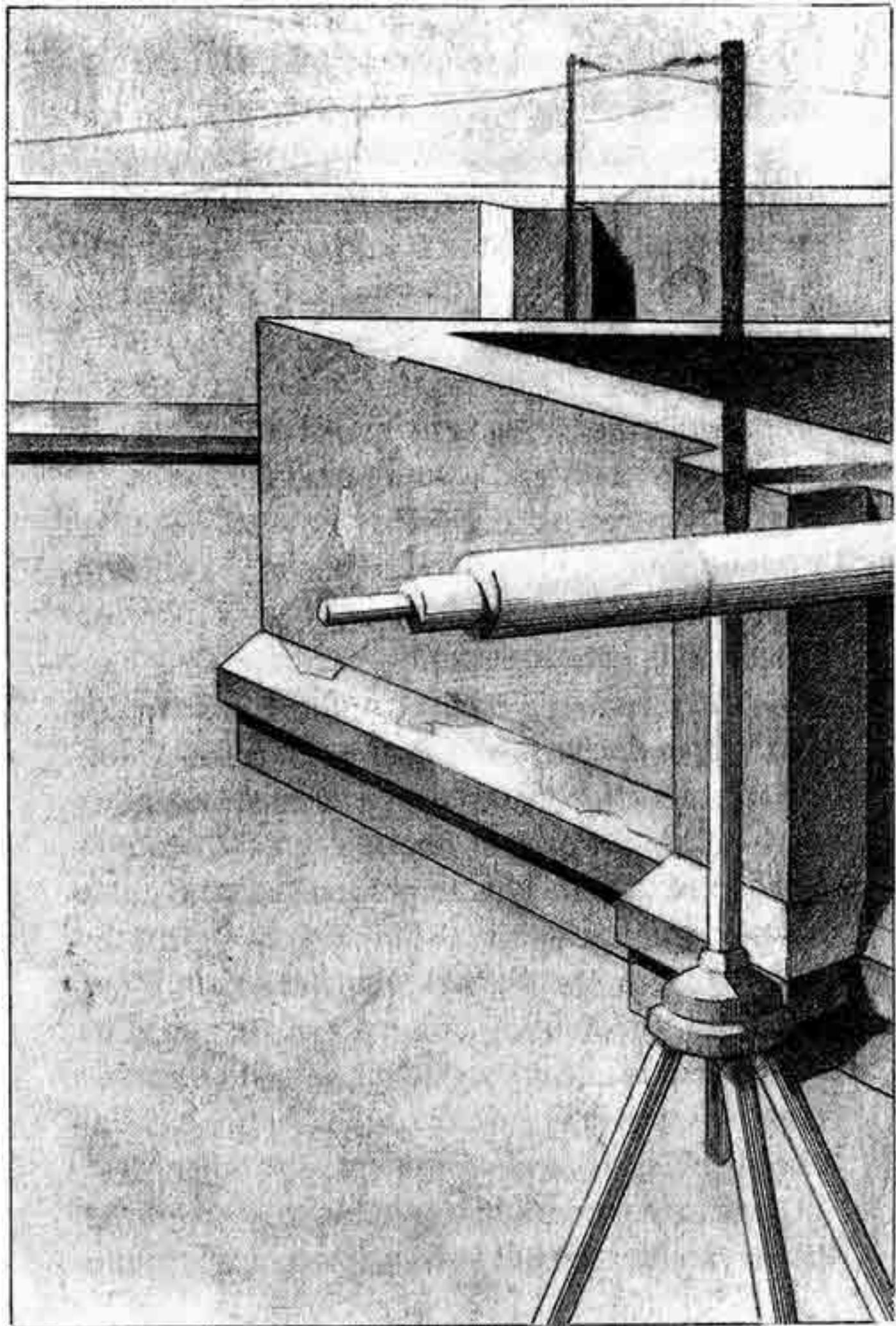
EN la pequeña ciudad ocurrieron muchas cosas curiosas. Los prismáticos familiares fueron requisados por los miembros de la patrulla; igual ocurrió con las cámaras fotográficas. Incluso algún que otro abuelo complaciente dejó a un lado su colección de sellos para prestar a su nieto, componente de la patrulla, claro es, su magnífica lupa. En las casas, con gran alegría de los adultos, no se oían las vibrantes músicas modernas reproducidas por las grabadoras, ya que éstas estaban en activo en otras misiones más importantes. Lo mismo ocurría con las linternas. Además, el doctor Méndez, que tenía en la azotea de su casa un telescopio con el que se entretenía viendo los astros en los pocos ratos que podía, autorizó a los chicos a usarlo. Siempre que entraran por la escalera trasera y no armaran ruido.

Por aquellos días, el profesor de ciencias naturales explicaba la fauna local, por lo que el comportamiento de los miembros de la Policía Especial de la Patrulla Espacial se tomó por todos como una ampliación práctica de los estudios.

En todos los ratos libres y en los fines de semana y festivos los muchachos hacían gala de una actividad envidiable. De día, el telescopio del doctor Méndez, atendido por dos o tres componentes de la patrulla, apuntaba hacia la montaña donde estaba la Gran Grieta. Por las noches, enfocaba al cielo mientras varias linternas lanzaban sus rayos hacia las estrellas, o hacia las nubes si el cielo estaba cubierto. Los prismáticos, según el momento, controlaban los rincones de la montaña y sus alrededores; incluso seguían, paso a paso, a los transeúntes sospechosos.

No era raro, en aquellos días, encontrarse con un par de componentes de la patrulla portando su magnetófono. Se acercaban amables y atentos a los vecinos y les preguntaban qué opinión tenían sobre la existencia o no de seres de otras galaxias, o si alguna vez habían visto un platillo volante o algo parecido.

En la Base Espacial escuchaban las grabaciones, miraban y remiraban las fotografías sin que, pese a todo, encontraran pista alguna que aclarara el caso del hombre de otra galaxia; hasta que un día...



La tarde iba cayendo cuando Javier y Roberto fueron a la azotea del doctor Méndez. Allí estaban de observadores, junto al telescopio, Quique y Luis.

—¿Alguna novedad?

—Nada, Javier —respondió Luis—. Lo de siempre; ahora me entretenía viendo al pastor llevarse las ovejas. Tiene un perro fabuloso, no se le escapa una... Pero ¿qué es eso?

Mientras Luis observaba nervioso por el telescopio, los demás, a simple vista, vislumbraron en la ladera de la montaña una brillante luz.

—¡Déjame ver, Luis!

—¡Yo también quiero mirar!

Durante unos instantes, el telescopio giró de un lado a otro, pero al fin fue correctamente fijado y los cuatro chicos pudieron ver a gusto aquel extraño fulgor.

—No logro ver al que lo lleva. Es demasiado brillante.

—Como la otra vez, Rober —habló excitado Javier—, pero es él, no cabe duda. Vamos a avisar a los demás.

Las linternas hicieron señales en todas direcciones, se elevó una bandera y poco después media patrulla estaba en la azotea; pero sólo los primeros en llegar pudieron ver la luz, ya que poco después desapareció.

—Se ha ido.

—No, yo creo que se ha ocultado en unas cuevas que hay por ese lado.

La vigilancia continuó durante un buen rato mientras la tarde dejaba el paso a la noche, pero la misteriosa luz no volvió a ser vista.

—Deberíamos ir hasta allí para investigar.

—¿Ahora, de noche? No, Javier, acuérdate de lo que pasó la otra vez. Es mejor dejarlo para mañana.

—Tienes razón, Quique. Mañana temprano iremos unos cuantos mientras los demás permanecen en la Base para no levantar sospechas. Ahora vamos allí para echar a suertes a quiénes les toca ir.

Aquella noche, los integrantes de la patrulla no durmieron bien. Se sentían inquietos viviendo por anticipado la emocionante aventura que los esperaba al día siguiente. Habían vencido: al fin el caso del hombre de otra galaxia sería desvelado.

El grupo que con las primeras luces del día partió hacia la montaña estaba compuesto por Javier, Luis y cuatro chicos más. Emprendieron el camino llenos de entusiasmo y, aunque a ellos les pareció largo, lo cierto es que lo hicieron batiendo su propia marca. Mientras, en la azotea, el telescopio trataba de seguirlos y, en la Base, el resto de la patrulla no apartaba los ojos del reloj más que para mirar al mensajero que regularmente se trasladaba de la azotea a la Base y de ésta a la azotea.

Pasaron las horas, y al fin el mensajero comunicó:

—Ya regresan; yo mismo los he visto por el telescopio.

—¿Viene alguien con ellos? —preguntó débilmente una voz que era la representación del pensamiento general.

—No, pero traen algo.

No hizo falta más para que abandonaran el lugar y se trasladaran a la azotea. Allí, por riguroso turno, fueron mirando por el telescopio el regreso de los expedicionarios. Si larga se les hizo la marcha, mucho más lo pareció el regreso, hasta que Roberto, que estaba observando, anunció:

—Ya los veo de nuevo. Están cruzando junto a la fábrica de papel y ahora desaparecen entre las casas. Creo que debemos irnos a la Base; no tardarán en llegar.

Cuando el grupo de exploradores llegó ante la Base Espacial lo hicieron con paso seguro y firme, pese a la larga caminata, y con las cabezas altas. Entre Javier y Luis llevaban una placa metálica y brillante que con toda reverencia fue llevada al interior y depositada sobre una mesa.

—Muchachos —dijo al fin Javier tras un emocionado silencio—, no hemos podido ver al hombre de otra galaxia, pero hemos encontrado esto que es una prueba de que una nave espacial ha aterrizado en la montaña.

—Pero ¿qué es? —preguntó la misma voz débil de antes haciéndose nuevamente eco de los pensamientos de todos.

Javier esperó un poco a que el silencio fuera total.

—Esto es parte del alerón de una astronave. Está hecha de un material desconocido, de un duro metal más fuerte que el acero.

Tímidamente primero y luego con decisión, los chicos acariciaron el pulido metal. Sus rostros relucían de satisfacción. Esta vez el tiempo pareció detenerse: la patrulla vivía un instante inolvidable.

Roberto, que acariciaba una y otra vez la lisa y plateada superficie, detectó en la misma una ligera grabación y, presuroso, cogió la lupa y la examinó detenidamente. Cuando alzó el rostro, tenía la boca abierta. La lupa sobre el ojo derecho lo aumentaba desmesuradamente. En otro momento el hecho hubiera causado la risa del resto de sus compañeros, pero en esta ocasión no fue así. Javier primero y luego el resto miraron aquella grabación con la lupa, aquella lupa del abuelo que tantos sellos había visto y que ahora aumentaba lo escrito en la pulida placa: *Panel solar. Fabricado en España.*

EL GOLPE HABÍA SIDO DURO, pero la patrulla no se dio por vencida y por ello, en la reunión mantenida al día siguiente, se hablaron cosas muy interesantes.

—¿Entonces, Quique, tú crees que la luz que vimos en la montaña no era la del hombre de otra galaxia?

—Efectivamente, Javi; era el sol del atardecer que sacaba brillo a esa placa solar.

—Pero la luz que tenía el hombre que me sacó de la grieta no era ningún reflejo.

—Estoy de acuerdo.

—Y a ese hombre lo vimos todos.

—También estoy de acuerdo, pero no en que era un ser de otra galaxia.

—Estamos igual que al principio —intervino Roberto—. Nuestras indagaciones no han dado resultado alguno, pero también es verdad que hemos cometido un fallo —alzó una mano pidiendo

silencio—. O mejor dicho, hemos olvidado algo importante. Hicimos preguntas a todo el mundo, pero no a quien, por pasarse el día en la montaña, podría decirnos muchas cosas.

—¿Y quién es?

La pregunta fue hecha en todos los tonos.

—El pastor de ovejas.

Y de esta forma se organizó una nueva expedición a la montaña en la cual tomó parte la totalidad de la patrulla.

DURANTE UN BUEN RATO contempló el joven pastor al grupo que subía por la montaña. Los ladridos del perro que estaba a su lado le hicieron sonreír.

—De acuerdo, Carrañón, vamos a comer.

Olvidándose de aquellos excursionistas, el muchacho preparó unos trozos de carne y un cuenco de leche para el perro. El animal lo miraba con atención mientras gemía suavemente.

—Ten calma, yo también voy a comer. ¿O no piensas esperarme? Vamos a ver qué me preparó mi madre. ¡Hum, qué buen aspecto tiene! Adelante, ya podemos empezar.

El perro no se hizo repetir la orden y empezó a comer rápidamente, pero de pronto se detuvo, estiró las orejas y se puso junto a su dueño con el belfo contraído. Enseñaba sus terribles colmillos y miraba amenazador mientras un sordo gruñido brotaba de su garganta. Miró también el pastor en la misma dirección y vio a los miembros de la patrulla que, inmóviles, observaban al perro.

—¡Calla, Carrañón! Vete a comer. Y vosotros, no os quedéis ahí, no os hará nada.

Los muchachos se acercaron y se fueron sentando alrededor del pastor.

—Hola, me llamo Javier, y éstos son mis amigos Roberto, Luis, Quique, Paco... Bueno, y todos los demás.

—Yo me llamo Miguelo, éste es mi perro Carrañón, aquella oveja se llama Linda, la otra Pintada, la que está a su lado Clara... Y como tú dices —Miguelo hizo un amplio gesto—, y todas las demás.

Hubo risas y los chicos empezaron a encontrarse a gusto.

—Yo iba a comer —prosiguió el pastor—; el que quiera...

—Nosotros también tenemos algo. Lo unimos todo si te parece.

Poco después imitaban a Carrañón, el cual, terminado lo suyo, se dejaba mimar por los chicos de la patrulla admitiendo toda clase de bocados.

Miguelo tragó con deleite una deliciosa croqueta que la abuela de Roberto había hecho para la excursión. Luego dijo:

—¡Qué rica!

—Toma, aquí tienes más.

La verdad es que, cuando terminaron, lo único que guardaron en las bolsas fueron papeles, latas y cáscaras; de comida no sobró ni una miga.

—No esperaba yo un almuerzo tan agradable —comentó Miguelo, satisfecho—. Normalmente los excursionistas pasan de largo. Y algunos ni saludan.

—Es que nosotros hemos venido a verte a ti.

—¿A mí? —El pastor miró con cierto asombro a Javier.

—Sí, queremos hacerte unas preguntas.

—Es muy importante —añadió Roberto.

—Somos la Policía Especial de la Patrulla Espacial —aclaró Luis con cierto tonillo de importancia.

El gesto de asombro del pastor aumentó.

—No entiendo una palabra, la verdad.

Quique intervino.

—Ni se va a enterar de nada si seguimos todos hablando a la vez. Vamos, Javier, cuéntale todo desde el principio y así podremos llegar al final.

Javier asintió y narró a Miguelo lo ocurrido desde la creación de la patrulla, la aventura de la Gran Grieta, hasta llegar a las sospechas sobre quién era el hombre de otra galaxia que lo había salvado.

—Tú estás siempre por aquí; por eso tenemos la esperanza de que lo hayas visto y puedas decirnos algo sobre él.

Miguelo los observó en silencio durante unos momentos.

—Pues sí, lo he visto varias veces.

—¿Y la astronave? ¿La has visto también? —preguntó anhelante Roberto.

—¿Qué astronave?

—La de ese hombre. Su nave espacial, o su platillo volante.

—No he visto nada espacial; lo he visto y he hablado con él. Incluso un día me invitó a comer tortilla de patatas.

—¡Tortilla de patatas!

En las caras de los componentes de la patrulla se reflejó un extraño gesto de incompreensión. ¡Un hombre del espacio comiendo tortilla de patatas! ¡Increíble!

—¿Nada más? —preguntó con voz vacilante Luis.

—Bueno, comimos también queso...

—No, quiero decir que si es eso todo lo que sabes. ¿Te dijo algo extraño? ¿Te fijaste bien en su traje espacial?

—Su traje sí era algo raro, y decirme algo extraño, pues no.

—¿Te dijo su nombre? —preguntó el práctico Quique.

—No lo recuerdo. Lo que sí me dijo es que era profesor.

—¿De electrónica? ¿De astronáutica?

—No, maestro, que daba clase en un colegio.

Se hizo un gran silencio mientras los chicos se miraban unos a otros para luego bajar la vista y mantenerla clavada en el suelo. Pero eso sólo la mitad de ellos, ya que la otra mitad se dedicó a dar saltos mientras gritaban:

—¡Gonzalo! ¡Gonzalo!

—¿Es qué he dicho algo que no debiera? —preguntó al fin el pastor.

—No, Miguelo, al contrario —le aclaró Quique—. Sólo que transformar a un hombre de otra galaxia en profesor no es nada corriente ni fácil de aceptar.

Lentamente, los chicos de la patrulla recogieron sus cosas y se despidieron del pastor.

—Gracias por tu ayuda —musitó débilmente Javier.

—No las merece. Oye, ¿qué te parece si me nombráis miembro de la patrulla? Os puedo seguir informando de lo que ocurre en la montaña.

—Eso ya no será necesario, Miguelo; pero de todas formas te aceptamos como compañero.

Ya en la distancia les llegó la voz del pastor.

—¡Si veis a ese profesor, le dais recuerdos de mi parte!

Javier caminó un rato junto a Quique. De pronto le tendió la mano y le dijo:

—Choca esos cinco, empollón; tenías toda la razón... y lo siento, la verdad.

Quique correspondió al apretón de manos.

—Yo también lo siento, Javi. Es muy bonito soñar...

—¡Claro que sí! Imagina por un momento que de verdad fuera un hombre de otra galaxia. ¡Habría sido magnífico!

—¿Y no lo es más que sea Gonzalo y no un ser de otro planeta?

Javier no dudó en su respuesta.

—Pues sí, es mucho más hermoso.

—Además, lo hemos pasado bomba y podemos seguir divirtiéndonos con ayuda de Gonzalo. Por cierto, se dice que regresará mañana o pasado.

—Tenemos que prepararle un buen recibimiento. Me salvó la vida arriesgando la suya.

—Y no se lo ha dicho a nadie.

—Es un tío estupendo, Quique. ¿Sabes? Cada vez me alegro más de que no sea un hombre de otra galaxia.

Caminaron un rato en silencio hasta que Javier preguntó:

—¿En qué piensas, Quique?

—En la tortilla de patatas —respondió éste muy serio.

RODEADO POR LA TOTALIDAD de la patrulla, Gonzalo entró en la Base Espacial. Era un hombre feliz... y curioso, ya que el comportamiento de los muchachos, dentro de su alegría, tenía algo de misterioso que le intrigaba.

—Bueno, ya estamos juntos otra vez, campeones. ¿Dónde está la copa? Ahora sí podré verla bien. ¡Ah, aquí está! ¡Es magnífica!

Cogió el trofeo de la mesa y, alzándolo, lo contempló con gesto de satisfacción. Mientras, los chicos lo miraban a él con caras de admiración. Cuando Gonzalo dejó la copa de nuevo en la mesa, vio su fotografía y la de don Juan; bueno, la del coche de éste con él dentro. Pero lo que le llamó la atención fue lo que habían escrito alrededor de la suya: en la parte superior decía *Gonzalo*; a la derecha, *Erudito Futuro*; a la izquierda, *Entrenador del año*, y en la parte inferior, *El hombre de otra galaxia*. Todo ello escrito con la letra clara y perfecta de Fernandito, el de la voz débil que

siempre convertía en palabras los pensamientos de los demás.

—¿Me queréis explicar esto? Entiendo lo de Gonzalo, que es mi nombre; también lo de Erudito Futuro, que es el nombre que me habéis puesto; lo de entrenador del año es sólo a medias, ya que Juan también tiene derecho a ello; pero lo que no comprendo de ninguna forma es eso de hombre de otra galaxia.

Los chicos se miraron unos a otros como si se vieran por primera vez; luego, cada uno tuvo algo que mover de sitio o a lo que quitarle el polvo, hasta que al fin Fernandito estalló:

—Hay que decírselo, ¿no?

Todas las cabezas se movieron en sentido afirmativo, pero el silencio continuó. Al fin, Javier se decidió:

—Verás, Gonzalo, ya te contamos nuestra aventura en la Gran Grieta.

—Más de una vez; me la conozco como si yo también hubiera estado allí.

Las palabras del profesor arrancaron risitas, golpes mutuos y gestos de complicidad.

—Pero ¿qué pasa? ¿A qué viene todo esto?

—Es inútil que disimules, Gonzalo. Hemos investigado a fondo y sabemos la verdad.

—¿Qué quieres decir, Javier? ¿Qué investigación y qué verdad es ésa?

—Pues que sabemos perfectamente —intervino el pecosito Luis— quién es el hombre del espacio.

—Tras una dura e inteligente labor, siguiendo débiles pistas, hemos dado con la solución —remachó seguro Roberto.

Javier señaló con el dedo a Gonzalo.

—¡Tú eres el hombre de otra galaxia!

Lo que siguió no es fácil de describir. Por un lado, los chicos gritaban alborozados y daban cariñosas palmaditas al profesor, quien, tras unos momentos de estupor, trató de convencerlos de que estaban en un error. Al fin, más por cansancio que por convencimiento, la patrulla escuchó a Gonzalo. Éste, después de repetir que él no había estado aquel día en la Gran Grieta, les contó cómo su accidente se debía a una caída de moto que lo envió a un barranco del que tuvo que salir arrastrándose con grandes dificultades.

—Nos engañas, Gonzalo.

El joven profesor lo miró con seriedad.

—¿Cuándo os he mentado yo, Javier?

—Pues si tú no eres el que me sacó de la grieta, ¿es verdad que era un hombre de otro planeta?

—Miguelo, el pastor, nos dijo que habló con él y que era un profesor —recordó Quique.

—Vamos a calmarnos —pidió Gonzalo—, y contadme esas investigaciones.

El profesor de educación física escuchó durante un buen rato, y no siempre en el orden debido, las andanzas de la patrulla en los últimos días.

—Eso es todo —terminó Javier poniendo el punto final—. Así es que estamos peor que al principio.

—Al menos —aclaró Quique— tenemos dos datos importantes: que es un profesor y que le gusta la tortilla de patatas.

—Y también —añadió sonriente Gonzalo— hay otros dos datos más. Uno es que ese hombre practica la espeleología...

Varias voces preguntaron que qué era eso.

—Que estudia el origen y formación de las cavernas —aclaró Quique, para añadir chasqueando los dedos—: ¡Claro, por eso tenía aquel extraño traje y el foco en el casco, como los mineros! ¿Y cuál es el otro dato?

—Pensad un poco. ¿Conocéis un hombre sencillo y humilde al que no le gusten los aplausos? —Hizo una pausa y, al no obtener respuesta, añadió—: Vamos a ver si esta frase os recuerda a alguien: «Cuando somos grandes en humildad, estamos más cerca de lo grande».

—Rabindranath Tagore —dijo Luis.

—La dice mucho don Juan... —Javier no terminó la frase. Miró alarmado a su alrededor y encontró en todos una repetición de su gesto.

Gonzalo rió con ganas.

—¡Al fin! Tenía que venir yo, el gran Erudito Futuro, para desvelar el misterio del hombre de otra galaxia.

Javier cerró la boca, tragó saliva y al fin preguntó:

—¿Quieres decir que don Juan es, bueno, era ese hombre?

—Era y es, muchachos. Yo lo sospeché desde el principio, pues sabía de su afición a la espeleología y de sus visitas a la Gran Grieta, pero quise respetar su silencio.

—Don Juan, el así tan, eso, tan tranquilito... —tartamudeó Luis—. Cu... cuesta trabajo creerlo, ¿verdad?

Durante un buen rato Gonzalo disfrutó viendo, y oyendo sobre todo, a los chicos, que expresaban su sorpresa. Se mencionó el «fósil», se habló de Alejandro el Grande, se comentó el partido de baloncesto y las extrañas tácticas de don Juan. Javier sólo decía una cosa como para convencerse de ella:

—Me sacó de la grieta, me salvó...

Al final, los muchachos, como de mutuo acuerdo, se quedaron frente a la fotografía, meditabundos.

—No teníamos una mayor —dijo suavemente Fernandito haciéndose eco como siempre del pensamiento de los demás.

—Yo le haré una grande —prometió Roberto.

—Y la pondremos junto a la tuya, Gonzalo —aseguró Luis.

El profesor negó con la cabeza.

—No, muchachos, dejadla así: es más él, sin hacerse notar, actuando un poco escondido para que nadie se dé cuenta de su labor.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido, como también lo estoy de que no debéis prepararle un acto como el que me habéis preparado a mí. Correspondele con la misma moneda que él emplea. ¿Me entendéis?

CUANDO DON JUAN entró en la clase, se alarmó por el gran silencio que había. Pero al mirar hacia los pupitres, pudo ver a los chicos sentados en su totalidad. Eso lo tranquilizó.

—Buenos días. Hoy tenemos un tema muy interesante... —se detuvo al ver que a una señal de Javier todos los chicos se ponían en pie—. ¿Ocurre algo?

—No, don Juan, sólo que... —Javier se pasó la mano por el pelo, luego por la camisa y al fin alzó la cabeza y miró directamente al profesor—. Queremos decirle que usted, como Alejandro el Grande, tampoco tiene barba.

—Y si no tiene caballo —remachó Roberto—, tiene su «fósil».

—Y que aquí tiene usted a sus macedonios, tracios y griegos, que somos todos nosotros —añadió Quique.

Los chicos se sentaron de nuevo mientras el profesor se volvía de espaldas y rebuscaba nerviosamente unos papeles en su mesa.